

Alejandro Villatoro Muñiz

*Subir con el humo, soñar
con caer.*



(Una historia del 2020)©

*Pasa adelante
Dentro de ti*

*Cierra los ojos
Abre la reja
Al pájaro azul*

*Es gratis
Y en fila primera*

*Respira profundo
No te inhumes
En reloj de arena*

*Levita mejor
Sobre espejos rotos*

*El piloto
Eres tú
Colgado de lo intangible*

*Tu avión cae,
Pero revela caja negra:*

*Es un cortometraje
Para los párpados cerrados,
Disfruta.*

A la memoria de mis amigos:

-Kevin Valladares.

-Edgar Samayoa.

-Andree Quezada.

“La vida es un instante entre dos eternidades”

Santa Teresa de Lisieux.

*“Todo aquello que vemos o nos parece ver,
no es más que un sueño dentro de otro sueño”.*

Edgar Allan Poe.

“Una generación sucede a la otra, y cada una repite los actos de la anterior. Sólo un instante antes de morir, descubren que era posible soñar y dibujar el mundo a su manera, para luego despertar y empezar un dibujo diferente.”

Elena Garro.

PRIMERA PARTE.

Capítulo 1.

He de confesar, que sólo fortuitamente, cuando me restaba un poco de tiempo libre de la hora de almuerzo, me subía los trece pisos del edificio del trabajo para escabullirme secretamente en la terraza. Estando ahí, en esa acogedora soledad, me paraba al filo de la cornisa para contemplarlo todo y pensaba en alguien; si, pensaba irremediabilmente, en el hombre que cae.

Ayer me tumbé de borracho y ahora debo encausar las labores de nuevo. Tras unas horas de sueño, voy tarde otra vez. No sabría decir si estoy dormido o despierto, siempre tengo la sensación de no saberlo. Dormido o despierto... No lo sé, sólo sentí haber conciliado el sueño hacia menos de treinta minutos atrás, pero ahora el reloj dictaba que ya era hora de ser productivo y trabajar de nuevo. Como es rutinario, todos los días, soy blanco fácil del desquiciado ritmo de un reloj cuyas agujas se insertan en lo más profundo de mi estrés habitual y ansiedad generalizada.

En esa penumbra, me di un baño de agua fría. Al salir, vestí unos calzoncillos negros y un traje castaño moderadamente limpio. En el espejo roto que cuelga en la pared del baño, cuelga roto también un beso marcado con labial que me dejó una amante fugaz de unos labios preciosos, su boca parecía un tulipán.

En lo que subsistía ese espejismo de primavera, me até la corbata y me hice el estilo de un nudo que le aprendí a un fulano en un video tutorial que él muy amablemente lo subió a la nube y luego se lo dedicó a todos aquellos padres irresponsables del mundo.

Andando a prisa por ésta gran ciudad, me he topado con mis congéneres quienes luchan al igual que yo contra el reloj, mismo que en tiempos de la inmediatez cibernética se ha constituido como el verdugo de todos sin excepción, haciéndoles reflejar en sus semblantes preocupación, miedo, tedio, ansiedad; hay quienes tienen una inmediata predisposición anímica para entablar una riña vulgar solo porque no pudieron tomarse su café al igual que yo. La verdad trato de no perturbar más mi ánimo cuando ya ese reloj se ha convertido en mi victimario, ya no me defiendo de él. De alguna manera, me he dado cuenta que dentro de ese correteo sin sentido, lo que tendría más sentido es evitar ser víctima de un efecto concomitante, ya sea: un percance, un insulto, una escupida, un puñetazo, una puñalada, o en el peor de los casos un disparo, pues hoy en día no se sabe que esperar.

Al igual que muchos, durante esas primeras horas me dirigía entonces al trabajo. Tengo un trabajo de oficina como Ajustador de Seguros en una agencia de seguros medianamente decente. Eso implica que durante la jornada tenga que usar corbata, vestir formalmente, lustrarme el calzado, acicalarme y procurar estar lo más presentable posible, sea dentro o fuera de la oficina.

Todos los turnos es la misma rutina para lograr llegar puntualmente al trabajo. Una vez que se llega al edificio es necesario pasar la tarjeta electrónica del acceso para

levantar la plumilla electrónica, colocar las luces altas, buscar un lugar dentro del sótano para estacionarme, lo que conlleva bajar, bajar, y bajar, dar vueltas al tornillo subterráneo para ubicar un espacio de parqueo disponible, (esto puede tomar de diez a veinticinco minutos). Una vez estacionado el vehículo, debo portar mis credenciales electrónicas para volver a subir, subir, y subir y llegar al primer nivel en donde un guardia de seguridad (al menos de carne y hueso) revisa mis pertenencias y mis bolsillos, luego de pasar los incontables y exagerados filtros de la seguridad del edificio, debo llegar al área de los ascensores, en donde ya hay muchas personas esperando para hacer uso del ascensor. Una vez que logro abrirme paso para ingresar dentro del ascensor, empiezo a sentir una ansiedad por el hecho de lograr ser eficiente y tratar de cultivar las primeras horas de la jornada. Siempre me suelo preguntar: ¿A cuál de todas las tareas que siempre urgen tendré que dar prioridad? Nunca se sabe, al parecer cada turno se rige en piloto automático.

Mientras me camina esa nausea, miro a mi alrededor y percibo a este ascensor corporativo como un campo de concentración de cuatro por cuatro que sube y baja con muchos sísifos abordo, con sus miradas y cabezas agachadas a cuarenta y cinco grados viendo la vida pasar a través de una pantalla. En este ascensor corporativo todos nos vemos igual, vestimos igual, me doy cuenta que existe un uniforme hasta para... ¡DING DING DING! Una campanita de cuadrilátero me saca de ese letargo, anunciándome la llegada al noveno nivel, me toca boxear para ganarme la vida, es aquí donde hago mi parada y me veo en la molestia de tener que decirles a las personas de miradas y cabezas agachadas que necesito permiso y espacio para poder salir del ascensor, de lo contrario éstos no se moverán pues están absortos en sus

pantallitas personalizadas, probablemente intercambiando gatitos y cuchicheos propios de la contemporaneidad imbécil. A veces fantaseo con la idea de fingir que llevo una bomba dentro del maletín del trabajo y que la haré reventar en el ascensor sólo para saber si estos maniquís están vivos o no. En el fondo les haría un gran favor, tal vez lo haga para el día del amor y de la amistad, y luego de asustarles, les repartiría paletitas de chocolate con forma de dinamita para que guarden el recuerdo en sus corazones, diciéndoles que era una broma pero que necesitamos todos estar atentos del mundo que nos rodea.

Cuando el ascensor va cargado de tantas personas, ya no me molesto en decirles adiós o en desearles un buen turno. Solía hacerlo, pero me di cuenta que cuando el ascensor va a reventar de gente como hoy, nadie me contesta de vuelta (ni el saludo de entrada ni de la despedida). Se produce el efecto contrario cuando dentro del ascensor van milagrosamente solo como dos o tres personas. En ese caso mi saludo si ha sido correspondido, en ocasiones hasta me han visto a los ojos con una cálida sonrisa. Creo que en la psicología social, esto se conoce como el Efecto Espectador. ¿Quién sabe? Tal vez Kitty Genovese no hubiera muerto apuñalada si alguien de los muchos que le escucharon pedir auxilio, le hubiera tendido una mano en el preciso momento en que ella más lo imploraba. Pienso entonces en que si hoy me diera un infarto dentro del ascensor, tal vez la reacción inmediata de estos maniquís sería la divulgación audiovisual masiva de mi congoja por todos los medios y canales de la Sociedad de las Imágenes, en ese sentido, harían entonces la transmisión en vivo de como una pieza, un número, una imagen, un consumidor, o un engranaje como yo, se traga el corazón sólo, sólo, sólo.

Treinta y cuatro minutos de mi vida han transcurrido desde el ingreso al sótano hasta finalmente llegar al nivel de la oficina. Francamente nunca he hecho la conversión mensual ni mucho menos anual del tiempo que he desperdiciado sólo para acarrear mi culo del sótano hasta el noveno nivel, tampoco he hecho la conversión del tiempo que paso todos los días en el embotellamiento vial de ida y vuelta al trabajo. Hay cosas que simplemente prefiero no saber y esta es una de ellas pues me da la impresión que es muchísimo el tiempo perdido y que bien podría utilizarlo para otra cosa. Lo que sí he contabilizado es la cantidad de cervezas que he optado por beberme para pasar un rato menos desesperante en el tráfico. Me he dado cuenta que los lunes no suelo tomar, el martes me tomo una o dos, el miércoles tres o cuatro, el jueves y viernes me empino de cuatro a seis cervezas. El límite siempre se reduce a seis cervezas porque así vienen esos paquetes, al menos es un número de cervezas mucho más ecuánime que el de un cubetazo, ya que seis es un número par. No sé a quién se le ocurrió la maquiavélica idea del “cubetazo”. El cubetazo es una bacínica sobrevalorada que trae sólo cinco cervezas. Por tratarse de un número impar, naturalmente que está diseñada para que uno de tus amigos beba de menos o de más, haciendo que otro se quede seco y así tengas que comprar más cerveza y más cerveza hasta que todos estén bien servidos. Es toda una treta comercial con la agravante de que la bacínica esa, aunque este sobrevalorada, en ningún caso te la puedes llevar, por eso yo me las robo; ya que pueden servirte para evitar que alguno de tus amigos borrachos proyecte sus entrañas y haga un lienzo del género action painting en cualquier parte de tu carro.

En el carro tengo toda una colección de discos compactos de música que van desde el clasicismo hasta el avant garde francés, y de esa forma voy pasando el tráfico de la

ciudad para no depreciarme, porque como soy una pieza, un número, una imagen, un consumidor, o un engranaje no me deprimó, más bien me deprecio, y no tengo derecho ni mucho menos tiempo para poder deprimirme.

He logrado al fin abrirme paso fuera de ese ascensor corporativo y finalmente logro poner un pie dentro de la oficina. Trato de organizarme rápidamente mientras veo al jefe engranaje pasar supervisando personalmente a todo mundo. Esto lo hace por puro mecanismo de control vertical que ejerce directamente para recordarnos al resto de los engranajes que él también ha llegado y que debemos enfocarnos en producir inmediatamente. Cuando llega mi turno, siempre entra a mi nicho de manera apresurada con semblante de piedra y me echa una mirada como si me acusara de quitarle su tiempo o de robarle algo a la Agencia.

Particularmente, durante las primeras horas de ese turno hubo mucho trabajo, mucho más de lo usual, y recuerdo haberme tragado (como me fuera posible) una lata de atún y bajármela con una botella de agua pura en un lapso record, como de siete minutos, pues todavía tenía que encausar unos expedientes y el jefe engranaje me dijo que quería platicarme urgente e inmediatamente después del almuerzo. Muy pero muy al final del turno, rayando casi en horas extraordinarias, el jefe engranaje me mandó a llamar a la hora que a él finalmente se le antojó. Cuando me dio el timbrazo, yo me encontraba frente al monitor totalmente absorto; estaba leyendo una cláusula de exclusión de responsabilidad de una póliza de seguro de daños de vehículo, la cual estipulaba que la Agencia Aseguradora se libraba de total responsabilidad frente al Asegurado en el caso de una autoignición del vehículo, definida la autoignición como:

...Cualquier suceso de carácter extraordinario y/o fortuito que genere la combustión espontánea de un determinado objeto, de adentro hacia afuera, esto es, sin que exista ninguna intervención de elemento exterior o fuente de fuego exterior...

Volvió a sonar otro timbrado. Liberé los ojos y la mirada del monitor. Acudí entonces a la oficina de jefe engranaje para ver de qué se trataba aquel asunto que era tan urgente.

- Pase adelante, tome asiento.- Dijo jefe engranaje y después siguió:

Tengo entendido que lleva usted más de nueve meses laborando para la Agencia. Es preciso decirle que es usted muy diligente en su quehacer eminentemente profesional. Sin embargo, los socios y mi persona no nos hemos sentido del todo satisfechos con su desempeño en el ámbito tecnológico. Esto como es ya de su conocimiento, implica el manejo de una agenda personal adicional, es decir, una agenda de carácter digital, así como el uso y monitoreo constante de las redes sociales de la Agencia de Seguros para atender satisfactoriamente los múltiples reclamos de nuestros clientes. Verá, necesitamos a un colega que esté debidamente enchufado las veinticuatro horas del día, y los siete días de la semana para cubrir cualquier emergencia que pudiera surgir. En virtud que usted se ha mostrado renuente a seguir nuestra política en repetidas ocasiones, es preciso manifestarle que ya no necesitamos más de sus servicios. ¿Tiene algo que quisiera decir o agregar en su defensa?

- No.

Contesté esto secamente, mirándole nomás a los ojos con las comisuras de mis labios altamente erguidas. El jefe se quedó en silencio. Respiró muy hondo, me echó otra mirada de piedra pero ésta vez frunció el ceño un poco más de lo habitual. Cada vez que lo hacía, me daba cuenta que se le forjaban más arrugas y le aparecían otras arrugas verticales en el entrecejo que se le mezclaban con las arrugas horizontales de su frente como dibujándole una crucecita de miércoles de ceniza.

Unas horas después de todo aquel asunto, inferí que el jefe engranaje se había molestado pues esperaba de mi parte una respuesta un poco más amplia. Esperaba quizás la típica respuesta plagada de excusas, justificaciones, promesas, etcétera, y que luego me arrastrara por su oficina para conservar el trabajo. En mi caso decidí contestarle con un categórico, elocuente y fulminante NO y mantenerme ahí con buen talante, al menos ante esta situación me restaba a mí y sólo a mí, el derecho de decidir. No sabría tampoco decir por qué le incomodó tanto mi respuesta, fui honesto y a fin de cuentas, mi respuesta fue sólo el efecto seco de su fría causa.

En lo personal, me era ya indiferente todo lo que me decía y lo que él y los socios pensaban respecto a mi desempeño tecnológico. A esa altura, tampoco tenía caso ni sentido abrirme con él, es decir, exponerle que por favor se pusiera en mi lugar, decirle que yo... que yo no era un robot, ni mucho menos hablarle de todo lo que para mí representaba ese mundo “feliz” junto con la dictadura tecnológica a la cual desde el día uno quisieron someterme. Para ser sincero, al momento que me notificaba el despido, sentí cómo un bálsamo se colaba en todas mis vísceras y experimenté una cierta felicidad eufórica, era como si hubiese cortado un par de líneas de cocaína en el

**escritorio del jefe y me las hubiera esnifado ahí mismo para sellar con broche de oro
aquel despido.**

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 2.

Cuando a uno le despiden de un trabajo, no todo son malas noticias. En mi caso, ya me habían despedido indebidamente de unos dos o tres trabajos con anterioridad. Supongo que la visión actual consiste en remozar al personal periódicamente y de esa manera, las relaciones de trabajo como muchas otras, lamentablemente se han vuelto postizas, temporales, descartables, desechables, no retornables, etcétera.

Ante esta circunstancia, yo simplemente me había dado cuenta que cuando se es despedido, por lo general se juntan dos glorias que nunca, o casi nunca coexisten, es como si una repelara a la otra. Me refiero a que se lograr tener tiempo sobrado para hacer algo significativo junto con una cantidad, también significativa de dinero a la disposición.

Esa misma noche, yo opté por ir a un concierto de música electrónica que dos semanas atrás con toda seguridad habría descartado, pero ahora que era un joven desempleado, célibe y apuesto, el mundo conspiraba a mi favor para ir a divertirme y tumbarme de borracho mientras repiqueteara de fondo toda esa música de tornamesas y parafernalia electrónica. Decidí asistir.

Habiendo llegado al concierto, me dispuse a tomar una merecida cerveza. Prendí un cigarro y mientras que el sonido y el ambiente se acomodaban, empecé a recordar lo que estaba reflexionando dentro del ascensor antes de que sonara la campanita esa del arribo al noveno nivel. Esto lo pensaba porque me di cuenta que tanto en el

ascensor como acá en el concierto, las personas también todas se miraban igual pero difería en el código de la vestimenta, ahora eran: camisas a cuadros, tatuajes, lentes de botellón, perforaciones, barbas hasta por las orejas, etcétera; una mezcla muy peculiar entre lo lumpen y sofisticado del mundo.

La noche avanzaba y mientras que los disc jockeys de la fiesta se descoñían en vivo y se esmeraban por amenizar la velada, muchos de los asistentes, la gran mayoría estaban con la cabeza y mirada agachada a cuarenta y cinco grados, viendo la vida pasar a través de una pantalla. Otros documentaban videos. Era como si hubieran llegado en un grupo de amigos a disfrutar del concierto, pero al final cada quien andaba personalmente extraviado, como los seres náufragos de un mar digital.

También me percaté que mientras maduraba la noche, empezaba a llegar más y más y más gente, gente de todo tipo y estratos sociales: desde los más marginales homies hasta los más burgueses y elegantes prepis, todos ellos enganchados hasta la medula, unos adictos consumados; y me di cuenta que simultáneamente a la cantidad de los asistentes, aumentaba también la cantidad de latas de cervezas vacías y aplastadas que los asistentes tiraban despreocupadamente en el suelo, pese a que habían bolsas y basureros destinados para ese efecto. Las muestras de su educación estaban literalmente por los suelos, así que todos, incluyéndome, caminábamos entre basura para ir de un lugar a otro en ese recinto.

Ahí estaba yo y de repente uno de los disc jockeys de la noche se decidió a pinchar una versión líquida y acelerada de la canción Disorder de Joy Division, así que como pude,

caminé entre basura para lograr llegar de nuevo hasta la barra, y así pedirme otras dos cervezas para prestar toda mi atención al desarrollo extendido de esa gema musical, con todos sus bucles y samples.

Mientras sonaba Disorder como la banda sonora de ese cuchitril, la alegría se vio repentinamente dividida por una imprevista redada policial. Aparentemente, meses atrás que el lugar era objeto de una investigación por ser el punto de convergencia y conversatorio de los yonkies más acérrimos, experimentales y empedernidos que un estado subdesarrollado podría certificar y aportarle a un mundo en vías del subdesarrollo. Naturalmente, el lugar era punto de distribución, desde la piedra hasta las más cotizadas drogas de autor, era toda una democracia muy bien habida y acá si completamente funcional. Esa noche se llevaron al diablo. El diablo era un sujeto muy agradable que conocí en la barra del concierto mientras ordenaba mi primera cerveza. No se hacía llamar a sí mismo como el diablo, pero sí que se afirmaba como un ser eminentemente satánico, y por eso el alias. Lo interesante del diablo, es que fue el único de todos los cristianos ahí presentes que de manera muy espontánea y sin prejuicios de ningún tipo, se acercó a entablar una conversación conmigo, por muy trivial que fuera. Esto lo digo, porque se rumoraba que en la Sociedad de las Imágenes, una imagen (por lo general) no hablaba con otra imagen, si esa imagen no correspondía al círculo propio de la otra imagen. En el caso del diablo, pues su conversación fue muy fluida, agradable, y en ningún momento se vio impedida por la manía social de posar compulsivamente los ojos y la atención sobre el teléfono móvil. En ningún momento noté algo fuera de lo común, ni mucho menos me ofreció nada, ni siquiera, el cielo en una pastilla.

Desafortunadamente, esa noche el diablo fue el blanco directo de aquella investigación antinarcótica, y mientras que le colocaban los grilletes en las muñecas de las manos, me le acerqué para preguntarle de qué manera podría ayudarlo, pero me dijo que no me preocupara porque tenía a un buen amigo que de planta siempre se encargaba de este tipo de limitaciones a su trabajo y que por ahora, tenía la fe puesta en que cinco o seiscientos sesenta y seis cuabras más adelante, el asunto quedaría completamente resuelto.

-Mucho gusto de conocerte- me dijo

Me sonrió y luego uno de los agentes policiales le desdibujó aquella sonrisa cuando con una bofetada recia le cruzó el rostro hacia el otro lado y le propinó un puntapié en la espalda baja que le hizo encaramar a la parte trasera de aquella destartalada patrulla para conducirlo ahora ante la presencia de un desvencijado juez de un también destartalado y decadente sistema de justicia.

Por la manera cruel en que se lo cargaron, dudé mucho en que el asunto tuviera aquella compostura. Deduje que la captura del diablo obedecía a uno de esos operativos histriónicos que montaban las autoridades de vez en cuando con el fin de mostrar mediáticamente a la población que el gobierno hacía algo por la gente.

Ligeramente comenzó a llover. Acabé con mi cerveza y decidí marcharme también abriéndome paso entre todos los que con sus móviles filmaban videos de aquel tenso incidente.

Me subí al carro y pude sentir que hacía mucho calor. Coloqué un disco de Dizzy Gillespie y la canción número siete: Salt Peanuts me convenció para tomar un par de cervezas más y beberme de a pico una botella de tequila, así que diez minutos antes de la hora muerta, pasé a la tienda de conveniencia de una gasolinera que me quedaba a la mano.

Entré a la tienda de conveniencia y por un momento tuve ganas de fingir un asalto con un revólver de plástico, o de robarme el licor, pero luego se me pasó el impulso; la adrenalina que eso puede llegarle a producir a uno es tan fuerte y tan adictiva, que decidí pagarlas mejor. Las adicciones no solo se pagan con dinero, eso sería una ganga. Recordé también un pasaje de la Biblia: “Todo me es lícito, mas no todo me conviene”. Al final siempre podemos decidir, incluso en las peores borracheras, uno puede decidir si se quiere parecer a un ángel o a un demonio, y yo decidí retractarme de aquellos impulsos que me brotaban espontáneamente cada vez que me sentía muerto, muerto también en un mundo que para mí se estaba muriendo o disipando, no sabría decir cuál de las dos.

Pagué por el alcohol. Salí de la tienda de la gasolinera como deseando ser chispa y provocar una hoguera hasta que un sujeto con una mirada apesadumbrada y extraviada se me acercó. Era indígena. Me preguntó tímidamente si era posible que yo le llevara en el carro lejos de ahí. Lejos de ahí. Esas fueron sus palabras. Pensé que “lejos de ahí” era precisamente para mí también lo más prudente, así que sin titubear le respondí que sí. El tipo estaba mojado, todo manchado de lodo en sus vestiduras, tenía sobre su cabeza un pañuelo amarrado, algo así como un torniquete improvisado

con una mancha que parecía sangre, y así se subió al carro y emprendimos marcha hacia ningún lugar en particular. Ya en ruta, compartí dos cigarros suaves, uno para mí y otro para él. Le pedí que me alcanzara la bolsa con lo que yo recién acababa de comprar, bajé el volumen a la radio y pregunté:

- ¿Quieres una cerveza?
- Si, si quiero.- Muchas gracias.

Se empinó la cerveza como San Simón y luego me lo agradeció de nuevo.

- ¿Y hacia dónde vamos? ¿A dónde te llevo? - Le pregunté.
- Por favor necesito que me lleve lo más lejos de aquí; es que la policía me está buscando.
- ¿Ah es en serio? - Respondí.
- Sí. Acabo de matar a un hombre.
- ¿Y por qué lo mataste?
- Fue en defensa propia. Tuve que hacerlo, era él o era yo. No tenía opción.
- ¿Y cómo lo mataste? pregunté.
- Estuvimos forcejando por mucho, mucho tiempo, y ya cansados los dos, en el momento en que pude, me coloqué sobre él. Puse mis manos en su cuello y ahí mismo comencé fuertemente a apretar y apretar y apretar con mis pulgares en los costados y hacia adentro, hasta que escuché que algo en su cuello le crujió y él perdió toda la fuerza. Estaba morado, con la lengua de fuera. Ahí quedó todo.

Mientras me lo describía, experimenté la sensación de asfixia previa que pudo haber llevado el ahora finado. No sé por qué, pero pensé en la corbata y en el ascensor que utilizaba todos los turnos para ir a producir. Luego un silencio se apoderó de nosotros en el carro, así que para aligerar las aguas le pregunté:

- Y ¿Qué se siente matar a un hombre?

A esto no me contestó. Él solo agachó la mirada y me dijo que estaba arrepentido. Ahí me di cuenta que debí ser más sensible con lo que me acababa de confiar, así que le extendí mi más sentido pésame. Le llevé efectivamente lo más lejos posible de donde inicialmente le había recogido. Con la conversación que sostuvimos, no me fijé que ya habíamos recorrido bastante camino.

Al bajarse del carro, le dije que no se preocupara, que todo iba a estar bien y que al final de cuentas, su amigo ya estaba en un lugar mucho mejor que éste. Él se sonrió y me lo agradeció viéndome directamente a los ojos. Había en su mirada algo de optimismo y unos ojos brillantes como de luna llena. Se bajó del carro y se quedó estático en ese lugar con su lata de cerveza en la mano. Por alguna razón, no quería dejarle ahí sólo, pero él insistió en que ya le había sido de mucha ayuda. Le dejé el saco de un traje azul que tenía hecho un nudo en el asiento de atrás y unos cigarrillos para que pasara las horas. Arranqué el carro y emprendí lentamente la marcha, subí el volumen a la radio, y a medida que avanzaba solo pude apreciar como su figura reflejada en el espejo retrovisor, se hacía más y más pequeña hasta finalmente

fundirse con la obscuridad de la noche, su figura fue como abducida por un agujero negro que representaba ahora su pesar, su luto y su propia conciencia.

Específicamente no me reveló el motivo de su crimen, ni tampoco le insistí. Al final, solo pensé en que la realidad es un disparo de imágenes y posibilidades aleatorias, es esa cosa en dónde todos aparecemos y desaparecemos a la vez, como el café caliente que no me tomé, la rutina de trabajo, el jefe engranaje, el diablo, los yonkies, el alcohol, la basura, el anónimo copiloto, el estrangulado, un saco azul, y ahora ese día que también se iba para siempre. De cierta manera, me alegró saber que en los próximos días, no usaría más una corbata ni tendría porque encaramarme a un ascensor.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 3.

Alquilaba un par de piezas conexas con baño propio en una vieja casona de dos pisos ubicada en el centro de la ciudad de Guatemala. Al llegar a la habitación sólo corrí las cortinas. Lo bueno de estar bebido es que puedo conciliar el sueño rápidamente. En un día de rutina laboral suelo dar vueltas y vueltas en el catre independientemente de que esté cansado o no; por ahora solo debía dejarme llevar por el alcohol en mis venas y por el arrullo de un silbido en figura de redonda que escuchaba a lo lejos; la próxima vez que vaya a un concierto procuraré no estar tan cerca a los altoparlantes. Me dormí.

Me levanté porque me dio hipo y también porque tuve la sensación de que había recibido una pedrada justo sobre la sien izquierda. Me revisé también el ombligo. Acudí al baño, me colgué del lavamanos para tomar muchísima agua directamente del grifo, luego pinté un sol en el inodoro y me dispuse a darme un duchazo de agua fría para contrarrestar esa resaca que después de todo lo que había bebido era una ganga.

Mientras observaba el agua y el jabón colarse por el drenaje de la bañera, recordé sensaciones y algo de lo que había soñado anoche, pero los recuerdos me eran muy vagos. Recuerdo que era un día de verano, hacía mucho calor. El cielo se pintaba siempre de un color rojizo naranja oxidado, a veces bermellón espeso, parecía un mundo en llamas. Decidí ir a una piscina para refrescarme. Al llegar ahí, el lugar estaba aparentemente vacío y desolado, sin embargo al momento de sumergirme en las profundidades de aquella piscina, pude observar a muchos bañistas inmersos pero

hasta el fondo como en una especie de transe. Eran todos muy obesos y parecían dormir plácidamente mientras estaban enchufados a algo directamente a sus barrigas y a sus cabezas. Sus ombligos no eran ombligos sino que eran puertos y entradas de Bus Universal en Serie –USB- por sus siglas. El menos obeso de todos ellos abrió lentamente los ojos, se percató que yo tenía un ombligo natural, y con un habla muy torpe y parsimonioso me dijo algo como:

“Nos hemos reducido a ser un adaptador portátil
buscando siempre a dónde conectarnos.
Nos conectamos, luego existimos.
Somos los buscadores de enchufes.
Usted no pertenece aquí
porque es usted un buscador de...”.

Justo antes de que el enchufado aquel terminara de decir la frase que lentamente mascullaba, repentinamente uno de los drenajes de la piscina se destapó formando tremendo remolino que crecía exponencialmente y comenzaba a succionar desafortadamente al grupo de bañistas que estaban más próximos a dicho drenaje. Mientras yo me esforzaba por alertarles de la situación a todos ellos con gestos y señas submarinas, éstos parecían no reaccionar, no se inmutaban, permanecían pasivos desde su comodidad ante la gravedad de un remolino que se estaba tragando parejo a la gente. Me volví para ver al tipo que me había hablado hacia unos momentos, y éste sólo se limitó a cerrar los ojos, sonriendo extasiado como si le hubieran colocado un chute de heroína en ese momento.

De alguna forma en que me fue posible nadé como un salmón hacía el otro extremo para salir de aquella atribulada poza líquida que amenazaba con succionarme a mí también. De un escenario onírico al otro, recuerdo también que soñé con ella, es decir, soñé con Ixchel y yo me alegraba mucho de verle. Sin embargo, en el sueño ella parecía muy demacrada, cansada y encorvada. Tenía toda la piel y el cabello reseco. Además estaba triste pues era un maniquí y como tal, la tenían colocada sobre una alfombra de plumas de flamenco, tras la vitrina de un almacén de un concurrido centro comercial y cargaba ella, puestos todos los accesorios de moda del momento: abrigos de pieles de animales, teléfono móvil, tableta, relojes inteligentes, audífonos inalámbricos, zapatos inteligentes etc. El asunto es que ella tenía encaramada toda esa parafernalia en contra de su voluntad y quedaba a merced de alguien que estuviera dispuesto a comprar todas esas porquerías para así supuestamente emanciparla.

Recuerdo que Ixchel tenía prohibido hablarme, pero cuando lo hacía me decía cosas como:

“Un maniquí sería mucho más libre...; o que bien, tarde o temprano el exceso de mano invisible también vendría a estrangularnos a todos, sin importar si éramos hombres o mujeres y que debíamos estar en sintonía, atentos a cualquier cosa que pudiera suceder”

Recuerdo que en mis bolsillos no había dinero, y sentí que algo dentro me pesaba muchísimo, hasta cierto punto me incomodaba, me jorobaba. Verifiqué mis bolsillos pensando con ilusión que este objeto fuera una piedra, pero no era una piedra, era mi

teléfono celular; así que cuando me dispuse a reventar el teléfono celular contra una de las vitrinas, los brazos se me hicieron demasiado pesados y el tiro resulto estúpidamente flojo, apenas si había llegado a rozar los cristales de esa bartolina comercial.

Aquel había sido un extraño sueño, pero de alguna manera hay cosas que le quedan a uno en la memoria y durante ciertos momentos del día o de la noche, uno les ve reproducirse, uno puede experimentar que los pedazos van y vienen arrojando sus propias luces y sombras, el asunto es estar ahí.

Terminé de bañarme, salí de la ducha y para mi fortuna el dolor de cabeza había desaparecido. Me tumbé otra vez en el catre, prendí un cigarro suave y me quedé ahí desnudo, en realidad todo el tiempo así. En la desnudez pueden encontrarse muchas respuestas a ciertas interrogantes y de la búsqueda del sentido. No sólo nos desnudamos para copular sino también para reflexionar de dónde venimos y también hacia dónde vamos. Solo hace falta desnudarnos. En la desnudez podemos reencontrarnos. La desnudez no es sólo física sino también mental. Mi mente decidió desnudarse también de aquel dolor de cabeza que me aquejaba pero no obstante, no me sentía al cien por ciento, no sé si era por el calor, hacía demasiado calor... además aquel sueño me había dejado ahí, universalmente desnudo y contemplativo, mirando hacia el techo, un techo que con toda la tristeza de su color blanco ocre, me hizo sentir como hallarme encapsulado dentro de un gran huevo y de un momento a otro, me quedé observando a una peculiar mancha de color amarillo que tímida pero radiante había aparecido en la pared de la habitación y que hasta ese momento nunca me había

percatado. Le contemplé fijamente. Parecía tridimensional, era fulgurosa, respiraba y mutaba en su coloración, primordialmente amarilla con pinceladas naranjas y semi oscuras en sus contornos. No sé por qué, pero en cierta manera aquello me parecía como una revelación.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 4.

Las respuestas estaban en la desnudez. Reflexionaba también sobre el despido y ahora el fin de semana se desnudaba conmigo. Durante el fin de semana tuve tiempo sobrado para poder enfocarme y pensar en como debía de arreglármelas para hacer frente a esta nueva situación.

Como casi cualquier joven que se haría mayor de edad con la entrada del nuevo milenio, éramos una generación que afortunadamente nos habíamos preparado y formado académicamente bien, incluso algunos mucho mejor que nuestros padres. En todas las generaciones, los modelos ofrecen promesas de “felicidad”, de “éxito”, etcétera; eso es una constante. Nosotros una vez, estando bien formaditos, portaditos, y calladitos, entramos a la cadena alimenticia del mercado corporativo y este nos eructaba en la cara imponiendo desde un principio que para ser útil y tener éxito en estas trincheras tenía uno que venderse, así como callar y soportar largas jornadas.

Quise telefonar a un amigo pues recordé que recientemente a él le habían despedido de una empresa de combustibles por separarse de la política de la empresa. Recuerdo que su jefe quería hacerle autorizar contablemente unos pagos a un grupo de trabajadores que también acababan de despedir. Tanto a mi amigo, como al jefe y a los trabajadores les constaba que el cálculo de dichos pagos era inexacto, que no correspondía según su tiempo, pero el jefe les amenazó a todos diciéndoles que si no lo aceptaban así, él mismo se encargaría de hacer circular información ante La Sociedad de las Imágenes para hacerles ver a todos como unos incompetentes trabajadores

problema. En esa amenaza, naturalmente había también un mensaje para mi amigo quisiera él o no, y un día le dieron las gracias a él también, muy al estilo de la política de la empresa.

Reflexionaba y ahora debía enfocarme en encontrar un trabajo. Pensaba con mi mente más desnuda que idealmente debería de ser algún trabajo que me permitiera poner en balance toda mi energía vital y mi tiempo, sin laceraciones de ningún tipo, pero independientemente de todo ello, había decidido que era hora de hacer también algunos ajustes trascendentales a mi vida. El fin de semana se desnudaba conmigo, y en ese momento de relativa calma, mientras estaba tirado contemplando aquella mancha amarilla de la pared, pensé que debía empezar por dejar de consumir alcohol y que si dejaba el alcohol, también dejaría el cigarrillo y así sucesivamente, con todos los excesos y todo lo nocivo. De esta manera buscaría romper de una en una, con todas mis fuerzas, a los muchos eslabones espurios de esa pesada cadena de intereses creados que el modelo nos ha colgado a todos, a algunos en forma de: alcohol, cigarros, grasa, frituras, opioides, drogas, fentanilo, armas, azúcar, sexo, poder, dinero, estatus, pantallas, internet, wifi, 5G; la lista es larga, así que lo mejor que podía hacer era levantarme del catre e ir a celebrar por haber tomado tal decisión.

Había un pequeño bar, como a unas cinco o seis cuadras del lugar de donde vivía. Se llamaba el CoronaBar. Me fui caminando. Tras unas cuadras de caminata, la versión femenina de Ronal Yonkie Macdonal me salió de una esquina y me interceptó el camino gritando:

-¡Oye! ¿Tienes algo para esnifar? ¡Dame algo si; vamos, ayúdame a comprar un colmillo. Por favor.

-Niña estamos perdidos. Acá tienes, compra mejor un buen almuerzo, te vendrá bien.

- ¿Sabes por qué compro la droga?

Yo sencillamente no quería saberlo, pero antes de que pudiera decirle una sola palabra a la chica, ella continuó:

-Lo que sucede es que a veces Dios se acuerda de mí y a veces no, por eso me drogo para ir con Él y hacer que me note.

- Bueno, pues yo creo que no deberías de buscarle en el lugar equivocado. El paraíso está dentro de ti siempre, con o sin la cocaína.- contesté.

Aquellas palabras que le dije a esa joven, no sé de donde me vinieron pero resonaron ampliamente dentro de mí, haciéndome un eco muy fuerte, hasta el punto de darme la sensación de estar metido dentro de un gran y largo pasillo.

Le pregunté si quería ir conmigo al CoronaBar por unos tragos pues estaba por celebrar que había decidido dejar de beber. Ante esto se quedó pensativa, se mordía los labios, me miraba con intensidad, se movía de lado a lado y luego volteaba a ver repetidamente como si alguien le estuviera controlando desde el otro lado de la calle.

Luego, su expresión cambió y me contestó con el habla aceleradísima indicándome que no podía ir, pues había prometido acompañar a su novio para ir a robarse una televisión y que en seguida irían a empeñarla para comprar unas pastillas anticonceptivas del día después, y que si les sobraba algo de dinero, comprarían y fumarían algo de hierba miserable y se darían el lujo de costear unos preservativos para hacer el amor de nuevo toda la noche debajo de un puente.

Por lo que le escuché decir de las píldoras del día después, entendí que no andaba sobrada de tiempo, así que nos despedimos y cada quien retomó su camino.

Las adictas sí que saben querer. Entablé una vez relación con una que me deseaba como su cocaína. Nos besábamos hasta que nuestros labios se dormían. Ya tengo hormiguitas me decía en voz baja y acomodaba su cabeza perfecta como luna sobre mi hombro mientras yo le acariciaba las mejillas y sus cabellos de miel.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 5.

Finalmente a las 20:20 llegué al CoronaBar y antes de entrar, saludé al mozo de la puerta principal. Me fumé un cigarro con él, platicamos del clima, de las malas noticias, de la ineptitud de los gobernantes, de su falta de visión, de la corrupción de izquierdas y de derechas; en Latinoamérica, siempre hablamos de esas cosas, aunque no sirva para nada y luego me zambullí al bar como un sectario.

Dentro del bar olía como a trapeador mezclado con vómito y desinfectante de pino. Decidí sentarme en la barra, a beber y fumar. Siempre me ha gustado sentarme en la barra porque puedo platicar con el cantinero y compartir visiones de la vida en general. (Aunque no dista mucho de la conversación inicial con el mozo de la puerta). Me parece que los cantineros, son personas sabias, saben mucho más de la vida que algunos de los colegas y titulados que he conocido. Los cantineros van por la vida aplicando el método fenomenológico sin saberlo y en cada trago de fuego que sirven, hay siempre una reflexión. Una vez uno de ellos me dijo que aquello de que Jesucristo se aparecía en el fondo de todos los tarros del universo, era totalmente cierto. La diferencia estribaba en el ojo del espectador, había unos que se daban cuenta, otros que no, de ahí la importancia de mantener los sentidos despiertos me decía mientras encendía un cigarro y se declaraba triunfalmente como abstemio. Luego, tras un par de caladas a su cigarro, retomaba la conversación y me decía con un tono ligeramente exaltado:

-Hay que separar las aguas, hay que separar las aguas... Moisés lo tenía claro, pero él por su sola cuenta, no hubiera podido nunca separar las aguas...

En el CoronaBar no hay mucha gente, tal vez sea por la hora. En la barra hay sólo otros tres sujetos. El primero de ellos permanece inmóvil viendo su teléfono móvil, lo mira fijamente y sólo se le ve pasar mecánicamente el dedo índice de su mano derecha hacia el lado izquierdo de la pantalla, como viendo, viendo, viendo y pasando diapositivas una y otra vez, mientras su semblante denota aburrimiento y tedio existencial. El segundo de ellos, al igual que el primero, sostiene en una mano su teléfono móvil, con la diferencia de sostener en la otra, un tarro de cerveza que parece tibia, y pone toda su atención en un amañado partido de futbol de la liga internacional.

¿Yo no sé porque las personas ponen empeño y atención en todos los partidos? sean locales o internacionales me parece que están todos amañados, hasta los partidos de futbol. En este mundo, también los hay partidos corruptos que se juegan en las canchas de las iglesias y el trofeo lo entregan aparentemente en el cielo a un diablo mucho más diablo que el anterior.

Para mí fortuna, el partido ese de futbol lo tienen en modalidad muda y es transmitido en el canal “pague usted por ver” del televisor del bar que está completamente encadenado sobre lo que parece ser un atril de peculiar diseño antropomorfo con unos brazos de hierro que sostienen la pantalla esa que contiene a los hombrecitos que arrebatadamente persiguen una pelota.

Ahora, el tercer hombre de la barra y más próximo a mí, es un tipo viejo y obeso que porta una gorra verde con banderita estadounidense y chaqueta de camuflaje militar quien me mira paranoicamente desde que me he sentado en la barra del bar.

Ordené el alcohol y me empiné la primera cerveza de un solo golpe así rapidísimo, y luego otra despacio. Me gusta mucho esa sensación, es tan refrescante como estar metido en una piscina. Recordaba que el otro día me quedé completamente dormido dentro de una piscina, estaba casi borracho; obviamente me mantenía aun de pie y el agua me llegaba justo por encima de las caderas mientras que mis codos reposaban fuera de la piscina, dando sostén a mi torso y cabeza. Lo interesante de esto, es que recuerdo haber soñado que me encontraba cercenado. ¿Cercenado yo? Si, y es que aquella sensación que recibía de cercenamiento, era causada por la dual sensación térmica que absorbía mi subconsciente por tener la mitad del cuerpo dentro y la otra mitad fuera de la piscina, y eso es lo interesante del subconsciente aunque no seamos conscientes, el inconsciente siempre arroja la información que en algún momento nos hará conscientes, es solo cuestión de tiempo y de jerarquías también; en algún momento lo que subyace en el fondo del iceberg será la punta del iceberg y así sucesivamente, son todo ciclos.

Continúe bebiendo rápido y despacio, y luego di un vistazo a todas las ofertas del bar y pensé que se me antojaba todo el menú. Opté por tomar más cerveza acompañada de varios tragos colmados de tequila y cigarros suaves. Tengo el muy buen gusto de escuchar música mientras me emborracho, no sé de quién lo heredé, pero es una de las pocas cosas que me daban placer, placer cuando me embargaba tremendamente la

anhedonia. Me dirigí entonces hasta el fondo del bar en donde había una vieja rocola, el lugar parecía muerto, no sólo por el olor sino también por aquellos tres alucinados de la barra, así que mi intención era agregarle al recinto un poco de vida y color. Para mi sorpresa la rocola estaba muy bien surtida y como el menú del bar se me antojó también muchísima música. La rocola tenía muchísimas canciones y géneros musicales, desde música clásica, mambo, boleros, hasta todos los éxitos de Chuck Berry. Programé esa chiva como con cinco o siete canciones y regresé a la barra.

La primera en sonar fue: Gimme some truth de John Lennon.

Pude observar que el tipo de gorrita con la bandera estadounidense se crispó al momento de escuchar la música y se levantó. Pensé que sólo quería platicar o algo cordial, pero fue todo lo contrario. Se me acerca, invade totalmente mi espacio personal y arrastrando la letra erre en su hablar, me dice:

- Bueno ¿Y tú qué? ¿SeRrr pacifista? ¿SeRrr comunista?
- No sé a qué te refieres, deberías de hablar más claro.- Le contesté mientras me apartaba de él y con ligereza prendí un cigarro a manera de disipar el hedor a sudor y sobacos de este señor.
- Soy ameRicano. Me dijo
- Americanos somos todos los nacidos por ius soli y ius sanguini en este desangrado continente; a ver si te pones a leer un poco y aprendes algo.
- Tu no teneR idea de con quien estás hablándome así...

- **Si, si, si, seguro...- Le interrumpí.- Y yo he de ser el hijo perdido de Osama Bin Laden también... ¿verdad? Me parece que te vendría bien irte a tragar una hamburguesa de esas que empiezan con mmmmmm... con M de mundo, de manipulación, de McCarthy, si quieres... pero sobretodo de mentira en vez de estar acá arruinándome la fiesta con tu doctrina Monroe obsoleta.**

A todo esto el mozo de la entrada se dio perfecta cuenta del careo e intercedió rápidamente para menguar las hostilidades y exhortó al honorable senador de los estados hundidos que se sentara en su silla, que tomara su bebida y que no molestara a los demás que así como él, tenían el deber de guardar las formas y congregarse pacíficamente en el seno de la barra de las pasiones étlicas.

El sujeto sólo hizo una mueca. Se quitó la gorra verde, se rascó la cabeza como desesperado, escupió en el piso, y luego dijo: -No queRer Problemas.-

Un par de horas después del incidente, fumando y bebiendo en el bar, resulta que para mi mala suerte el tipo ese trabajaba ahí. Me di cuenta porque cuando fui al baño y lavaba mis manos, entró el cantinero que inicialmente me había servido, entró con una mochila negra sobre su espalda y fue directo a lavarse la cara para luego acicalarse ante el espejo. Después, cuando salí del baño, ahí estaba el fulano ese, con su gorrita verde y chaqueta camuflada, completamente instalado en la barra sirviendo el nuevo turno y los tragos también.

El fulano ahora parecía contento, así que me olvidé de todo aquel asunto y me senté de nuevo en la barra. Le pedí amablemente que me pusiera un whisky doble pero éste estuvo ignorándome como por cuarenta minutos; hacia como que hacia algo, se rascaba la tripa, luego consultaba su teléfono, miraba para la puerta de entrada y regresaba a lo suyo. Luego se puso a limpiar un vaso enorme, sirvió el whisky doble que le pedí, se paró frente a mí y lo somato sobre el frio acero de la barra del bar diciendo:

-Aquí tienes, son 19 onzas de un whisky especial.

Me bebí hasta el fondo las 19 onzas de un whisky estadounidense servido con desdén en un vaso de vidrio que a manera de propaganda decía: Hecho en China.

-¿Por qué sirven whisky estadounidense en vasos chinos?- Pensé.

Hey ¿Por qué sirven whisky estadounidense en vasos chinos? Preguntaba y re preguntaba esto al cantinero, pero él seguía fingiendo que no me escuchaba, ni siquiera me dirigía la mirada pero ante mi insistencia, se volteó, escupió el palillo de dientes que masticaba y de mala gana contestó:

-PoRque para jugaR a los naipes hay que escondeR tus mejoRes caRtas y en el momento opoRtuno debes poneRlas sobRe la mesa para podeR ganaR.

- Que astuto. Y ¿Dónde queda la ruleta rusa?- Le pregunté.

-La Ruleta Rusa la juegas tú y todo mundo. Muchas preguntas las tuyas, ¿acaso seR tú de la KGB? - Se carcajeo.

-¿Y si fuera de la CIA habría alguna diferencia? Me parece que ese mal trago que estás sirviendo, lo deberías de agregar al menú de tu cuchitril bajo el título de guerra híbrida.- Añadí.

Luego de aquel intercambio tenso y lamentable entre el cantinero y yo, nos quedamos muy serios los dos, nomás viéndonos las caras mientras que la rocola del fondo reproducía: Born in the U.S.A de Bruce Springsteen.

Disentí con la cabeza, él escupió otra vez en el suelo y para menguar las diferencias, encendí un cigarro y le ofrecí uno. Me indicó que ya pronto cerrarían. Le pagué, me levanté como pude, caminé dando tumbos y trapiés, y estando ya muy cerca de la salida del bar este cantinero con una sonrisa casi demoniaca me gritó:

-¡Take care, quédese en casa and god bless you!

Lo vi y pensé: es el peor cantinero del mundo. Nunca me había topado con uno así. Me largué.

Caminaba errante por las calles, contemplando al cielo y sus alfileres luminosos clavados en el corazón de la noche y antes de la hora muerta, me apeteció comprar una última botella de vodka, sólo para brindar y conciliar el gran sueño de amor con

un disco compacto de Franz Liszt, el cual un poco antes del despido deseaba mucho poder escuchar tranquila y plácidamente.

Conforme a mis propósitos, mañana sería un hombre nuevo. Siempre se puede ser un hombre nuevo, todo es una decisión. Me tumbé de borracho otra vez en el catre, sintiendo el arrullo y sinfonía del alcohol en mis venas, intrigado siempre por la sutil apreciación de la misteriosa mancha amarilla de la pared que emergía exponencial y gradualmente.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 6.

Me ardían las sienes. Corrí al grifo. Bebí el agua con ahínco y se me colaba un sentimiento angustioso de culpa, culpa que había sido sólo mía por andar arrastrándome en esos potreros en donde, independientemente de la situación, siempre se puede descender, descender y descender.

Con la gran resaca que me cargaba, efectivamente que me había quedado en casa, aunque esta no era mi casa, yo pagaba un alquiler. Como había dicho, alquilaba un par de piezas en el centro de la ciudad. Era una casona vieja y grande que en todo el primer piso funcionaba como almacén de colchonetas y sofás. En el segundo piso, el propietario había decidido hacer unas mejoras y modificaciones al espacio para dar las piezas resultantes en alquiler. Mi pieza tenía una ventana, me gustaba la ventana en donde me sentaba por la tardes a fumar y ver a la gente pasar. Desde ahí, podía apreciar también a un teléfono público que aparentemente nadie utilizaba. Ahí estaba con toda la soledad y abandono atroz de cualquier servicio público. El teléfono captaba mi atención en ese piélago de gente que ante él, iba y venía a toda prisa siempre híper conectada y ensimismada, y yo incluso podía sentir los timbrazos que éste me marcaba como en señal de retorno, pues sabía que mi sola apreciación algo le comunicaba, pero los dos estábamos lejos, desfasados, lejos contemplándonos hasta que yo me fumaba el último cigarro, y con un aire y suspiro nostálgico despedía un día más, echaba los cristales y corría unas pesadas cortinas azabaches. Pensé que mis ganas de tomar alcohol y sentarme a fumar en esa ventana, de ahora en adelante serían mucho menos recurrentes. Sin embargo, desde que me despidieron del trabajo,

me sentí mucho más liviano, fue en mí la superación y supresión inconsciente de una actividad monótona que me resultaba nociva para ahora dar paso al anhelo de una vida mucho más plena, mucho más significativa, dejándome llevar por una osmosis de la realidad última que me convocaba. No sería fácil, pero sentía que me había desembarazado de algo mayor, y ese algo era algo que me arrinconaba a tales despeñaderos y precipicios alcohólicos de los cuales deseaba alejarme para siempre o simplemente dejarme caer de una sola vez, así como rezaba el viejo dicho: una vez muerto el perro, muerto la rabia. Por ahora debía mantenerme alerta, debía concentrar toda mi energía para mantenerme en sobriedad y retomar la búsqueda de muchas otras cosas que había perdido inútilmente en el camino.

Horas más tarde me lavé la cara y bajé a las calles para caminar un poco, comprar un café y un periódico. Compraba uno de los pocos diarios que aún circulaban en formato físico. Me encantaba su olor, no existe cosa más agradable en este mundo que el aroma del papel periódico o de un libro, el hecho de que tuviese olor, era como gozarse de una ingenua compañía mientras uno les leía.

Este periódico se trataba de un diario objetivo, sin sesgos ideológicos. El Consejo Editorial se jactaba de ser el único periodismo sólido dentro de la creciente y emergente novedad líquida, aunque sus noticias no escapaban de cubrir la liquidez de esos días. -“No somos pesimistas, son los tiempos”- decía el slogan de aquel periódico.

En cierto sentido, les daba la razón en dos cosas: Uno: eran tiempos horribles. Dos: los diarios y las noticias que circulaban dentro de la Sociedad de las Imágenes eran por

más superficiales, nada formativos ni informativos, eran un puñado de imágenes superpuestas con basura publicitaria y pocos textos que en manera muy obvia favorecían en sus consumidores la ignorancia, manipulación, desinformación y la polarización política como punta del iceberg.

La lucha de clases ya no era entre izquierdas ni derechas; el capitalismo había degenerado en anárquico y atroz utilitarismo, para dar paso al tecnocapitalismo, y el socialismo había degenerado en un estado de abandono, indiferencia y de burocrática huevonería. Ahora la lucha de clases era entre conectados y desconectados, las banderas ya no eran ideológicas sino tecnológicas. Las monedas ya no tenían los semblantes de nadie. Las disertaciones políticas y los discursos electorales habían degenerado en producciones audiovisuales del espectáculo, cargadas de ideas falaces, estériles y demagógicas. En ocasiones, alguna causa política era financiada y alimentada con producciones cuasi cinematográficas que eran transmitidas amplia y masivamente en los canales de la Sociedad de las Imágenes para manipular opiniones, percepciones, y naturalmente incidir en el sufragio popular y universal de millones y millones de consumidores quienes constituían ese blanco fácil, ese electorado final, un electorado amodorrado que deliberadamente o no, parecía quedar progresivamente a merced de una elite perversa, una elite carente de cualquier tipo de sensibilidad y de respeto por la vida, dignidad y libertad de los demás, ya sea aquí o en la China, todo era igual.

Así eran esos días, bastaba con leer los encabezados en negritas de las noticias que literalmente decían: ...Joven se toma auto foto y cae al abismo; Mujer es abducida

por agujero negro mientras seguía las coordenadas de una aplicación móvil; Consejos para evitar el ojo seco por uso excesivo de pantallas; Consejos para evitar los pulgares atascados por texteo constante; Sale a la venta el primer teléfono móvil con electroshock incluido; Hikikomori japonés se casa con muñeca inflable indogermánica; Hombre negro estadounidense es abatido a tiros por feligreses en una iglesia del sur; Hombre acusado de terrorista es asesinado mediante nano arma GPS teledirigida sin haber sido citado, oído, ni vencido; En la ciudad de Nueva York, siete personas fueron atropelladas por un mismo robotaxi autónomo durante una misma jornada nocturna; Mujer de una favela en Brasil cambia la contraseña de su red wi fi y los vecinos le apedrean la casa; Misterio y enigma rodea la muerte de un campesino indígena hallado sin vida en un hotel de la ciudad de Guatemala, dentro de sus pertenencias le encontraron: frascos con muestras de tierra, un censo de árboles, y un petitorio de consulta comunitaria previa; En España un hombre se jacta de ser moderno Quijote y emprende lucha armada contra antenas de telefonía móvil; Una mujer recibió quemaduras de tercer grado en el rostro al explotar su teléfono móvil mientras calentaba una sopa china en el microondas; Una joven se suicida tras ser rechazada y no calificar para entrar al certamen de belleza de la Sociedad de las Imágenes; Discusión en la sede de la Organización Mundial de la Simulación (OMS) para determinar quién emitirá el visado a Marte; Presentan propuesta de política criminal para colgar cámaras de video vigilancia en las nubes; Se discute internacionalmente la imposición de una edad límite para toda existencia humana: El estado dejara de garantizar la vida; Inversión multimillonaria para perfeccionar las máquinas del reconocimiento facial ya que son inducidas a error con su uso en poblaciones negras y asiáticas; Presentan novedosa propuesta de política criminal

para suprimir el alto costo y mantenimiento de las prisiones criminales en todo el mundo, abogando por la implementación de un nuevo modelo de control global telemático y domiciliar a través de dispositivos móviles, chips y terapia de electroshock remoto para los más reaccionarios, el proyecto es extensivo e inclusivo tanto para los privados de libertad, así como para los no privados de libertad; Científicos ganan el premio Nobel al presentar un estudio en donde descartan que los ensayos de bombas atómicas, bombas nucleares y demás ejercicios bélicos, provoquen contaminación, desajustes climáticos, terremotos, cielomotos y maremotos; Las megaempresas transnacionales niegan totalmente la responsabilidad en creciente contaminación y degradación ambiental, culpan a la sobrepoblación humana y urgen a los Estados su control; Discusión en la sede de la Organización Mundial de la Simulación (OMS) para fabricar y colocar un tremendo preservativo al sol y contrarrestar los efectos del calentamiento global; Ya a la venta cereal de chocolate de hojuelas de maíz transgénico bañadas con riquísimo fentanilo; Cíborg escribe novela de ciencia ficción inspirándose en antiguo tratado de Derechos Ambientales y Ecológicos; Diseñadora de modas fabrica vestidos de vanguardia con alambres de púas; Un grupo de hombres son diagnosticados con cáncer de testículo consecuencia de guardar el teléfono móvil en la entrepierna y en los bolsillos del pantalón; ...

Francamente nunca terminaba de leer a todas esas noticias, eran una avalancha, me abrumaban y pensaba muchas cosas extrañas respecto al futuro. Nunca pude atiborrar mi espíritu con todas las agonías amarillas del mundo, además se rumoraba que en La Sociedad de las Imágenes todo mundo hablaba de todo y a la vez de nada, y esta circunstancia le confería sagrado derecho a cualquier idiota de hablar cosas que

simplemente desconocía o que carecían de verdad. Antes tenía un compañero de trabajo que compulsivamente revisaba su teléfono móvil pues recibía notificaciones directas de noticias como estas, y siempre le veía desencajado, apagado, distraído, decaído, en otras veces ansioso; había veces que cuando en el trabajo alguien utilizaba el horno microondas y él estaba demasiado cerca, le daban lagunas mentales, se perdía, tartamudeaba y regresaba en sí al cabo de unos minutos sólo cuando se terminaba de calentar algún trasto con comida. Le sugerí por su salud mental que dejara de atender esos llamados innecesarios de su móvil, pero él ya estaba enganchado hasta la medula; si en la música existe el género Shoegaze, yo podría decir que él era un auténtico phonegazer, por así decirlo. Luego me enteré que le habían diagnosticado un severo cuadro de Infoxificación, lo cual le impedía concentrarse y continuar de forma natural con sus quehaceres más elementales, como por ejemplo comunicarse con su hija. Le hija le imploraba, le instaba: -Pero, papá escúchame con los ojos, papá escúchame...- No fue hasta que un día su esposa se hartó y tuvo que poner un límite a todo el asunto. La esposa le increpaba al esposo acariciar más al móvil que a ella, así que un día le amenazó con pedir el divorcio si él no se sometía a una terapia conductual para desinfoxificarse.

A mí siempre me había gustado guardar los ejemplares de las prensas escritas, de alguna manera, los medios impresos sirven para apelar a la memoria individual y colectiva. (Cosa que no sucede con los medios digitales). Se rumoraba que en La Sociedad de las Imágenes, eventualmente se suspendían los chutazos de conexión y mucha gente entraba como en pánico, o más bien, como en una ansiedad generalizada de tal magnitud que les hacía olvidar todo por completo, absolutamente todo, y luego

como por arte de magia, los servicios se restauraban y cada quien volvía a retomar la feliz conectividad de su mundo adonis al vuelo de su muy personalísimo unicornio multicolor.

De toda aquella avalancha híbrida, únicamente me serví a separar la sección de empleos del periódico para revisarlos con sumo detalle, hasta que empezó a oscurecer mucho más de lo habitual y entró por la ventana una ráfaga intensa de viento frío que me cogió desprevenido por el cuello como sentir el filo de una navaja, y al cabo de diez minutos, oscureció mucho más y una fuerte lluvia se dejó caer. Era una lluvia densa, ácida y recia acompañada de vientos fuertes, bruma y granizo. Me asomé por la ventana. Ahora las calles estaban totalmente desoladas, las farolas del alumbrado público escasamente iluminaban las banquetas y el cableado de los postes se columpiaba frenéticamente por los ventarrones dando un movimiento oscilatorio a un par de zapatos blancos que se vislumbraban colgados a lo lejos como si se tratara de la aparición de un fantasma, un fantasma de la otredad pero con un distinto ropaje y que se aparecía ahora a la mitad de una revuelta climática anunciando una borrasca enferma que se aproximaba, una especie de noche que sería larga profunda, inquieta y siniestra.

Cerré las ventanas. El granizo que se acumulaba en las cornisas me apeteció a un trago colmado de whisky con un delicioso cigarro suave, pero renegué tales pensamientos y decidí mejor colocar una jarra de agua para tomar un poco de café exprés. Aquel viejo truco del café exprés, me lo había sacado de los Alcohólicos Anónimos, y era algo a lo que debía ceñirme pues sería de ahora en adelante, la

norma para mí. Recordé la vez que acompañe a un amigo a Alcohólicos Anónimos y lo primero que me llamó la atención, fue la cantidad de botes de café expés vacíos que tenían apiñados bajo una mesa de esquina que en su superficie tenía las fotografías enmarcadas de sus fundadores: Bill Wilson y el doctor Bob Smith. Ese día, un alcohólico en rehabilitación rendía un testimonio muy elocuente respecto a la primera vez que le tocó dormir borracho en las calles. Relataba que fue súbitamente despertado, no por un Ángel sino más bien por un perro callejero que le metió la lengua hasta el fondo de su garganta para lograr comerse todo el vómito que su atribulado ser había expedido consecuencia de la noche de juerga anterior; -¡Me chupó hasta la úvula!- Gritaba. Yo más pienso que el perro, le besó el alma. El testimonio de aquel alcohólico era conmovedor, un amargo despertar pero a fin de cuentas un despertar. Yo en el fondo anhelaba algo y pensaba que en mis peores días de embriaguez, por lo menos nunca me había quedado dormido ni tumbado en las calles; personalmente me terminaba de colocar siempre en la habitación, me tumbaba en el catre y a lo sumo a veces amanecía con los zapatos puestos. Aunque si uno se lo piensa bien, amanecer con los zapatos puestos es un buen síntoma, que podría significar dos cosas: en primer lugar quiere decir que no le han robado los zapatos a uno si por alguna razón uno quedó tumbado de borracho en la calle; y en segundo lugar: amanecer con los zapatos puestos, era de alguna manera aferrarse a la vida, es decir, tener la ingenua certidumbre dentro del viejo habito de dejarse caer para luego volverse a levantar. Era irse a ensayar la muerte con la esperanza que mañana sería un nuevo día y que de alguna manera, aún habrían pasos que dar y caminos nuevos que recorrer.

Sin embargo todo tiene su contraparte, pues en una ocasión mientras dormía completamente intoxicado, soñé que me hundía hasta el fondo del mar, recuerdo estar nadando en la reventazón y súbitamente los pies se me hicieron demasiado pesados, los pies se me hicieron demasiado pesados al punto de descender hasta el fondo del océano. Ya había experimentado con anterioridad sensaciones de vértigo como caer desde lo más alto de un multi oficinas corporativo y mientras caía, pasaban ante mí rápidamente todas las ventanitas de aquel edificio como diapositivas en donde todas tenían de común denominador, a personas engrilletadas a computadoras y/o teléfonos, era pura caída vertical como cuando se cae en Scroll. No obstante, esta vez era diferente, me hundía hasta el fondo del mar. Nunca he sabido si se dice correctamente el mar o la mar, sucede lo mismo cuando uno emplea las palabras: el internet o la internet. En fin, yo no podría decir que fuerza extraña me arrastró hasta el fondo del océano, solo sé que en el descenso pude ver muchas cosas, recuerdo haber visto peces gordos con corbata y colas de rata, ver pececillos mecánicos sumisos e indecisos, ver peces con plástico entre sus vientres, ver peces famélicos desembocados a su propia suerte. Las aguas estaban muy sucias, eran acidas y a medida que descendía por los Valles de Silicona, pude percatarme que en el fondo del océano había un gran tablero de ajedrez, un gran tablero de ajedrez, y sobre este pude observar a una criatura horrenda que consistía en un enorme pulpo ciclope. Era un pulpo de color gris cuyos tentáculos eran alámbricos e inalámbricos, era horrible y en el centro de su cabeza tenía un enorme ojo cámara. El pulpo se encontraba manipulando alfiles y peones de silicona y al notar mi presencia, revolvió las aguas en actitud amenazante dirigiéndose hacia mí. Yo no pude más que quedarme estático. A medida que se acercaba el agua se enturbiaba mucho más. Se acercó con hostilidad, pero yo me hallaba tranquilo, así

que le sostuve fijamente la mirada pues estaba totalmente consciente de mi naturaleza humana y que definitivamente nunca, ninguna máquina ni dispositivo tecnológico podría condicionarme ni manipularme si yo no estaba dispuesto a permitirlo. En esa cercanía me di cuenta que la cámara que tenía por ojo, obturó unas diez o quince veces como en una ráfaga veloz y luminosa que me encandiló por completo y después de eso, sólo recuerdo haber estado tendido sobre la ardiente arena de la playa quemándome las espaldas, sintiéndome horrible con nauseas, fiebre, dolor de cabeza, articulaciones y una ligera sensación de asfixia mientras escuchaba a lo lejos el imparable sonar y sonar y sonar de un estridente timbre telefónico que nadie se servía a contestar. A lo largo y ancho de toda la playa había restos, restos enterrados de ordenadores, chips, cables, semiconductores, tarjetas madre, celulares deshechos y pantallas rotas. Un cementerio digital. Mientras contemplaba toda esa basura con asombro, contemplaba también como se formaban, inflaban y reventaban con euforia las olas del mar con toda su blancura, enfiladas y perfiladas perfectas como líneas de cocaína en un espejo grande quizás, y luego una voz que no supe reconocer si era de hombre o de mujer, era una voz muy prototípica, me dijo que la llamada era precisamente para mí y se me extendió entonces una caracola de mar. Al apoyar mi oreja sobre el borde de aquella caracola de mar no podía escuchar el arrullo del mar ni el canto libre de las gaviotas en verano, no; lo único que pude escuchar fue la reproducción de un ruido muy monótono, como en bucle que en otro tiempo se colaba cuando uno levantaba el auricular del teléfono y se escuchaba el internet sonar. Si, el internet sonaba y era más o menos así:

@/%\$”@\$€& !#@&!ء3ؤ&@ 2#@ء

@/%\$”@\$€& !#@&!ء3ؤ&@ 2#@ء

@/%\$”@\$€& !#@&!ء3ؤ&@ 2#@ء

Aquella sucesión de sonidos podría haberse llamado la sinfonía del internet, aunque técnicamente, era más bien como música concreta. Sin embargo ahora lo que yo escuchaba era un silbido que invadía la habitación y me sacaba del recuerdo y trance de ese sueño horrible.

Afortunadamente era el silbido de la jarrita de agua que había colocado hace unos minutos y que me anunciaba que el agua para el café exprés había hervido ya; era la hora de tomar café exprés. Lo bebí con gusto.

Por el ventarrón que había entrado por la ventana hacia unos momentos, me pude dar cuenta que una de las hojas del periódico de hoy, había salido volando directo hasta mis pies mientras me preparaba el café exprés. Lo recogí y vi que contenía una noticia que llamo mucho mi atención. Se trataba de una noticia infame al respecto de un incidente marítimo, más bien, se trataba de una echazón en el mar de una horda de patitos simpáticos y sonrientes, de ojos saltones, hechos de hule y plástico. En la noticia no estaba claro si los patitos habían sido fabricados en China o en los Estados Unidos, ni tampoco se establecía la bandera del buque mercante que había sucumbido

en el mar provocando la Gran Echazón del 2020, pero al parecer, los patitos de goma estaban llegando a las costas y bahías de todos los países en el mundo sin excepción. Por alguna razón desconocida, aquello tendría grandes consecuencias e implicaciones sanitarias para todos y para todas, era justo como lo había dicho y predicho ella, es decir Ixchel, cuando se encontraba cautiva en una bartolina comercial de un concurrido centro comercial. Era una cosa muy seria y en teoría se exhortaba a todos los Estados del mundo, a tomar las medidas pertinentes del caso. A mí me llamo la atención porque cuando se exhorta a los gobernantes de los países del mundo a tomar las medidas del caso, uno no sabe realmente que puede llegar a pasar.

Concretamente para la región de Latinoamérica, una región con amplio historial de cuartelazos, golpes de estado, dictaduras, corrupción y gobiernos fallidos de civiles; yo no sabía qué pensar, ni mucho menos qué connotación podría tener esto y por encima de todo, me preguntaba por qué la sola existencia de una horda de patos de plástico podía menear las aguas de tal manera, que incidiera tajantemente en el orden público y en la vida de las personas a nivel internacional.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 7.

Leía, leía y releía la noticia aquella y aparentemente no era poca cosa, se trataba de algo muy serio y no era tampoco una broma al estilo de Orson Welles en la víspera de la noche de brujas de 1938. Continuaba preguntándome si aquello era algo intencional o no. En efecto las noticias y las coberturas eran constantes, diarias, masivas, nauseabundas, terroríficas y agonizantes en todos los medios, fueran estos impresos o digitales.

La Sociedad de las Imágenes ardía con aquello, parecía estar muy activa y hallarse en contubernio con los dictados de Organización Mundial de la Simulación (OMS), la cual exhortaba a los Estados a ser prudentes y adoptar las medidas y ordenanzas del caso. Había mucha confusión y caos social. Las voces de los pastores reventaban en la radio y a la vez, se quebraban al hablar de los últimos días, del rapto, de la escatología bíblica. Las personas corrían desesperadamente a las calles, tiendas, mercados, supermercados, a las estaciones de servicio, a las iglesias, a las tiendas de armas...

En tiempos como estos, eran tiempos propicios para la aparición de ciertas sectas sociales. Yo, en lo personal, recibí demasiados correos electrónicos e insistentes invitaciones de un fulano que se hacía llamar Ataraxia 5789. En los correos, Ataraxia 5789, llamaba y urgía al inminente desalojo de todo tipo de vieja existencia que no correspondiera con la era de la nueva energía cósmica y me convocaba a mí, con el nacimiento del sexto sol en los ojos decía él, indicándome que yo había sido uno de los seleccionados para fundar la primera religión OVNI en Centro América. El plan,

según su autor era hacer todos los preparativos previos en algún lugar sagrado (aún no definido) y posteriormente aprovechar los movimientos que tendrían ocasión en el cielo, de ciertos cuerpos celestes que propiciarían finalmente el gran salto cósmico hacia algún ignoto lugar.

Cuando leía sus correos, me sonaba a que tal vez trataban de venderme algo o de robarme la identidad, así que lo seleccioné como correo no deseado y no quise saber nada más. Deduje que se trataba de un anuncio encubierto de alguna compañía comercial para ofrecer visas y residencias en Marte; además, estaba ya harto de bombardeos y de mensajes subliminales de considerar al planeta Tierra como a un botadero sin remedio, sustituible y descartable, el pensar así no era el remedio sino más bien la enfermedad.

Por el momento debía hacer lo que estaba en mis manos, es decir debía enfocarme en mi desintoxicación y continuar la búsqueda de algún digno trabajo que me permitiera una fuente de ingreso adicional.

Y me acomodó, y caigo.

Capítulo 8.

La marea iba subiendo y subiendo y apenas unos días después, revisando otros periódicos cargados de malas noticias junto con la actualización del avance de los patitos, encontré un anuncio en la sección de empleos lo bastante simpático. A simple vista, parecía ser el anuncio de algún aficionado al rock, urgiendo a algún otro melenudo para formar una banda nueva de heavy metal de los últimos días, pero el anuncio en sí, no tenía nada que ver con eso. Se trataba de una plaza de trabajo en la cual el anunciante convocaba a cualquier persona que estuviera interesada en trabajar como sepulturero. Me interesó. Pensé en que sería muy agradable trabajar al aire libre, en contacto directo con la tierra que nos da de comer, que nos mimaba y nos consuela, y que también nos ve nacer y morir. Agarré un plumón de color rojo y lo encorazoné, me consideraba apto. Preparé entonces una hoja de vida para un trabajo implicado con la muerte y acudí a la dirección citada del anuncio, exactamente a las tres de la mañana. Estando ahí, me atendió un hombre bastante alto con una pinta de Charles Manson. En general bastante lacónico pero simpático. Al hablar, este movía sus delgadas manos blancas en el aire como si se trataran de pájaros y vestía una camisa negra hasta los puños y pantalones marrón sujetos a unos gruesos tirantes rojos. Resultó ser el propietario de la empresa.

-¿Has leído algo de H.P Lovecraft?- Preguntó mientras acicalaba a un cuervo disecado que tenía en su oficina. Como no me miraba directamente a mí sino al cuervo, pensé que le hablaba a su asistente, así que me quedé parado en el umbral, contemplando los cuadros de arte funerario que estaban colgados en las paredes y

después de un relativo silencio en la oficina, di un paso al frente, me presenté y le manifesté estar muy interesado en la vacante de sepulturero. Me dijo que me sentara y luego me interrogó sobre mis motivaciones.

Me senté en un vetusto sofá café que parecía apuñalado, (quedé casi mirando al techo) y de patita cruzada encendí un cigarro y le expuse que en fondo de mi ser, realmente en el fondo de mi ser, y esto a manera de introducción, sentía que esta prole actual de la humanidad ya había cumplido su cometido y que necesitábamos de algo más, un no sé qué, un algo que nos haría a todos y todas... Súbitamente él me interrumpió con un movimiento brusco de sus manos que salieron volando como pájaros al escuchar el estruendo de un escopetazo y me dijo que definitivamente yo me lo había tomado bastante literal, y que en realidad, no se trataba de enterrar a nadie. Lo único que él buscaba, era de alguien que tuviera la disponibilidad y sobre todo, la fuerza y condición física suficiente para cavar los agujeros y las fosas en la tierra que servirían eventualmente para la inhumación de los cuerpos. Me explicó que antes de la Gran Echazón, es decir antes de los patos; (había un antes y un después), él había sido antropólogo pero que en virtud de las circunstancias actuales, no podía dedicarse más a su pasión y que debía enterrarla también por un momento.

-Además en este país por ser antropólogo te catalogan de comunista- me decía.

Me pidió un cigarro y se puso a fumar conmigo. Fumaba lento y elegantemente con la mano izquierda; su mano me parecía ser un racimo de huesos. Luego me confió que su padre, había fallecido recientemente en circunstancias espontáneas muy muy

extrañas y ese acontecimiento le había hecho a él, replantearse mucho más el sentido de la existencia.

Posteriormente a que le fuera comunicado el deceso de su padre, por una aparente insuficiencia respiratoria (según el certificado de defunción), había heredado un terreno baldío lo suficientemente extenso y pensó en constituir un cementerio atendiendo a las necesidades básicas de la vida.

-Porque la muerte es también una necesidad básica- decía. Hoy nos venden pantallas, viajes a Marte, algas fictas como fetuccinis, pero vos... Pero vos estás demasiado flaco, ¿Comiste algo hoy acaso?- Me preguntó.

Termino dándome una mirada de pies a cabeza y concluyó diciendo que respetaba mis motivaciones (que le parecían legítimas), pero que de ninguna manera podía contratarme para este trabajo. Volvió a insinuar que yo no estaba en las condiciones físicas idóneas y que tampoco quería sorprenderse con la venida de otra muerte súbita. Se acercó y me dio una palmada en la espalda a manera de despedida; agregó muy cerca de la salida, que además de todo me miraba demacrado, que a quien deberían de enterrar era a mí.

Y me acomodo, y caigo.

SEGUNDA PARTE.

Capítulo 9.

Todo se estaba iendo a la mierda y bastaba con revisar los periódicos, (fueran estos impresos o digitales), para darse cuenta que la fiebre de los patos avanzaba irrevocablemente y se comía al mundo entero por todas sus costas y fronteras.

Aparentemente, el tener contacto directo con uno de los patos hacia que las personas se enfermaran y tuvieran problemas para respirar. Esto se transmitía también de persona en persona y en algunos casos, lamentablemente era mortal. El cuadro típico era la fiebre, tos, estornudos, escalofríos, náusea, mangua y distorsión de los sentidos, mareos, dolor de cabeza y un dolor de articulaciones tal, como si uno hubiera caído de espaldas, completamente borracho desde la cresta del Templo de la Luna en Tikal.

En varios de los periódicos decía que la Organización Mundial de la Simulación (OMS) y en el fondo también la Sociedad de las Imágenes, estos daban religiosamente la razón a las empresas transnacionales, afirmando que los únicos responsables y culpables de toda contaminación ambiental, junto con la expansión de todos los bichos febriles, era la superpoblación humana. Ahora, según la Organización Mundial de la Simulación, (OMS) se ordenaba a todas las personas en el mundo, de todos los países sin excepción, (fueran soberanos o no) a que tuvieran el deber y la ética de usar un paño o mascarilla a mitad del rostro, porque de lo contrario, su sola existencia gravosa al planeta (así lo decía el comunicado) estaba generando una carga tóxica lo bastante pesada de dióxido de carbono que en el fondo, era lo que contribuía a la

contaminación ambiental, la degradación ambiental y a la proliferación de enfermedades desconocidas y de dudosa procedencia.

En ese tiempo, con un sentimiento altamente nostálgico, impotente y de consternación, comprendí que no solo volteaba las hojas de los periódicos para buscarme un trabajo. Más bien comprendí que lo que se volteaba para todos, era una página de la historia de la humanidad; una página que en la segunda década del siglo XXI se escribía con alevosía, perversidad, premeditación, ventaja, en proposición y conspiración; una página que nacía manchada, rota, escrita con tintas, letras y números grises. Una página que en su lectura hacía comprender que el siglo XX había muerto, y que este era su funeral. Lo presenciábamos todos, usando una mascarilla. Todos fuimos así invitados al funeral del siglo XX, el cual era tele transmitido desde una pecera de la modernidad líquida. Era una despedida de lo analógico a lo digital, y en ella se configuraba una nueva forma de tiranía, en la que tal vez, solo tal vez, tendríamos derechos pero nuestras libertades serían supervisadas y restringidas. Había en ello un riesgo inminente, algo que tampoco hacía sentido y uno desde su ingenua intimidad, se preguntaba muchísimas cosas. Había una desarticulación social mucho más fuerte que la usual y la sensación de no ser parte de absolutamente nada. Milenials, no; no éramos Milenials, sólo éramos los hijos bastardos del finado siglo XX, una generación abandonada a su propia suerte, entre caos, explotación, marginación, desarraigo y muerte.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 10.

Cumplía con las ordenanzas y los dictados de la Organización Mundial de la Simulación (OMS), así que me coloqué por vez primera una mascarilla y decidí salir a las calles para realizar unas gestiones sin trascendencia.

Al bajar las gradas del segundo nivel, en uno de los pasillos, creí reconocer al propietario de las piezas mientras éste intentaba arreglar una lámpara. Al verme, me saludó con la cabeza, alzando las cejas pues llevaba un paño a mitad del rostro, y apenas si logré escuchar el sonido de su voz al decir -buenos días-. Le devolví el saludo, un saludo tibio, intervenido, censurado y defectuoso también en la expresión, sonoridad, brillo y color.

Percibí al casero ahora como distante. Con una cierta mirada de desconfianza me dijo que de ahora en adelante, todos los inquilinos al salir y entrar, debían cubrirse estrictamente boca y nariz para no contribuir con la propagación de enfermedades, ni con la contaminación ni la degradación ambiental, justo como lo había ordenado la Organización Mundial de la Simulación (OMS), porque de nosotros era toda la culpa. Dijo que así estaban los tiempos y que instalaría también unas cámaras de video vigilancia en puntos claves de todo el recinto para cerciorarse él personalmente, de que todos los inquilinos cumplieran con lo que era la ley de la Organización Mundial de la Simulación (OMS). Luego agregó: -No es que yo sea malpensado, pero si las personas antes colgaban crucifijos, ahora van a tener que colgar cámaras de seguridad...

A mí todo aquello me parecía tan surreal, abrumador y una especie de callejón sin salida. Por otro lado, pese a lo tenso del ambiente, mis esfuerzos por mantenerme en sobriedad y desintoxicarme se mantenían aun sólidos y firmes. Esto era un compromiso con todo mi ser.

En esos días, lamentablemente empezó a caminar también una fiebre social muy extraña, una suerte de enajenamiento, de distanciamiento, con mezcla de fobia incluso... nadie confiaba en nadie, todos se miraban con recelo, nadie saludaba a nadie, nadie se extendía la mano, se prohibieron los abrazos y los besos, todo mundo era una bacteria potencial y mortífera, y todos eran culpables de todo y de nada...

Mientras caminaba por las calles, ahora todo mundo se miraba igual, usando una mascarilla nadie se distinguía, y todo el mundo parecía estar como apresurado, con cierta paranoia y sin mediar ningún tipo de interacción ni forma social más que con los teléfonos móviles clavados ineludiblemente sobre las palmas de sus manos. La mascarilla que nos cubría boca y nariz, era también una alegoría porque parecía ser que todo mundo estaba siendo censurado, amordazado, incluso verse reducido a una indigna y lamentable sumisión. Nadie podía quejarse del gobierno de su localidad, ni mucho menos intentar cuestionar los dictados de la Organización Mundial de la Simulación (OMS).

Decidí comprar un café en una tienda e hice todos mis mejores esfuerzos anímicos, respiratorios y vocales para lograr comunicarme y darme a entender. Había que hablarse casi a los gritos, lo cual, era algo que en cierta manera agregaba una carga

más de estrés a lo tenso del ambiente. La cajera que me cobró el café, me gritó con la mascarilla puesta y había también una plancha de plástico transparente puesta entre ella y yo que antes no existía. Me gritó con el ceño fruncido para que me fuera a tomar el café a otro lado pues no querían a los consumidores dentro del local pues en caso contrario, a ellos les colocarían una multa.

-Tengo drones como cuervos zumbándome la cabeza- decía.

Salí de ahí para poder comprarme un periódico y sin darme cuenta, iba yo también como preciso y errante al ritmo frenético de todos los demás.

Café y periódico en mano me tumbé en una de las bancas de una desolada plaza de concreto. En la ciudad, no hay parques. Ahí me estuve un rato bastante agradable pues aproveché para quitarme la mascarilla, beber lentamente mi café y respirar amplia y tranquilamente hasta que un policía llegó a amenazarme con colocarme una multa si no me largaba de ahí. Me dijo que me había tomado el tiempo desde que me vio en la banca de la plaza y que por la salud de todos y del medio ambiente, que no era permitido quedarse mucho tiempo en la calle, que me fuera a mi casa y que me colocara de vuelta inmediatamente la mascarilla.

-En seguida voy- le dije, pero no pareció satisfecho.

Amenazó con darme un bastonazo. Los policías en ese tiempo, fueran públicos o privados, de cualquier rango, de cualquier fuero; abusaban del ejercicio su cargo y se excedían ilegalmente en todas sus facultades, parecían disfrutarlo.

-¿Dónde está tu permiso?- Me preguntó.

-¿Permiso? ¿Cuál permiso?- Le pregunté de vuelta.

-No te hagas el desentendido...

Para mí todo era muy confuso y cargado de hostilidad. El policía por alguna razón, tuvo la paciencia de explicarme que ahora, ante toda esta situación internacional, habían de regir las ordenanzas, los toques de queda y todas las tecno disposiciones en aras de que todos los ciudadanos en el mundo fuéramos conducidos y obligados, quisiéramos o no, a seguir órdenes y en ese sentido se había dispuesto que cada vez que quisiéramos salir de la casa y/o de nuestro lugar de estadía, o de tránsito, debíamos de ingresar a la página web de la Organización Mundial de la Simulación, (OMS), y una vez logrado el acceso, debíamos pedir un permiso para poder salir llenando un formulario. En el formulario debíamos adjuntar: una autofoto que coincidiera con una copia legible de nuestro Documento Personal de Identificación (DPI); indicar nuestras generales de ley; nuestro tipo de sangre; indicar si teníamos antecedentes penales y/o policiales; solicitar el permiso indicando el motivo de nuestras diligencias, así como el presupuesto, forma de pago y nuestra entidad bancaria y/o crediticia; debía indicarse también (y esto era muy importante) nuestras motivaciones y afiliaciones en materia política, así como justificarlas en caso de ser requerido; y por último, debía calcularse con la más posible exactitud, el tiempo

aproximado que nos tomaría hacer las diligencias indicadas. Una vez llenado el formulario en línea, se pulsaba el botón SEND (Estaba en idioma inglés, de hecho ese era el único idioma de la página) y luego de pulsar send, le saltaban a uno directamente tres anuncios en la pantalla, que traducidos al español, literalmente decían: “NÚMERO UNO: Quédate en casa, consume y calla, consume y calla; NUMERO DOS: Adquiere ya tu tarjeta de crédito para no salir de casa y hacer tus compras en línea; y NUMERO TRES: Colócate la mascarilla, un dron te cuida y te vigila”.

Transcurrido el espacio para los anuncios publicitarios, le llegaba a uno la notificación que decía: Tu solicitud ha sido procesada satisfactoriamente, nosotros nos comunicaremos contigo, atentamente la Organización Mundial de la Simulación (OMS).

Naturalmente que para hacer todas las gestiones de burocracia digital y finalmente obtener el permiso para poder salir por parte de la OMS, había que tener y costearse (siempre a la carta, como todo, incluyendo el costo de las mascarillas) había que tener un dispositivo reciente con buena conexión a internet y comprender medianamente el idioma inglés, de lo contrario uno podía quedarse irresuelto en muchas situaciones de la vida y morir en el intento. Una vez que uno adquiría finalmente la resolución favorable (en idioma inglés) para poder salir por parte de la Organización Mundial de la Simulación (OMS); ahí no terminaba la cosa, era necesario descargarse también un código QR. Este código QR era el más importante (mucho más que portar el

Documento Personal de Identificación) pues uno debía de imprimirlo, recortarlo y pegárselo en la frente de la cabeza para finalmente poder salir.

Ya en la calle, aunado al uso de la mascarilla, y el referido código QR pegado en la frente del ciudadano, este código QR sería estrictamente verificado y validado en cada punto y lugar previamente autorizado, a través de un dispositivo tecnológico (una como pistolita) que se colocaba directamente sobre la glándula pineal del ciudadano autorizado. Si el código QR resultaba con información inválida, inexacta y/o corrupta, se activaba entonces una tremenda alarma de pánico social que daba legitimación activa para el apareamiento de una tarántula negra. Esta tarántula negra acudía en representación y uso de la fuerza pública del gobierno del Estado de la localidad del ciudadano. Básicamente, aquella tarántula negra consistía en una partida de robocops que se hacía presente al lugar de los hechos y que sin mediar palabra, ni razonar, le caía a uno con bastonazos, puntapiés, taconazos, puñetazos... mientras todo el mundo alrededor filmaba el zafarrancho aquel con sus teléfonos y luego se llevaban a rastras al supuesto infractor, ahora ante la presencia de una pantalla enorme y máquina cobra infracciones la cual, tras tomar una serie de fotografías de perfecta y nítida resolución al rostro del infractor, verificaba todos sus datos personales, le agregaba a su historial una mancha de antecedente policial, lo divulgaba masivamente en la Sociedad de las Imágenes, y le penalizaba con una multa y teletortura de un determinado número de días o semanas, siempre al justo y atinado criterio de la máquina. Ahora bien, si el infractor gozaba de la posibilidad de tener a su disposición una billetera electrónica de crédito, era tratado con una cierta consideración, (tenía sus beneficios) y entonces se podía sustituir la pena de teletortura, y se le asignaba al

infractor (siempre a su costo) un dron personalísimo que seguía de cerca todos sus pasos durante la cuarentena, incluidos los de su familia y los pasos de las personas con quienes el sistema pudiera sospechar de posibles nexos. Se rumoraba que inclusive se seguían hasta los pasos de los perros y de los gatos.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 11.

La tierra, el mar y el cielo estaban intervenidos. La Organización Mundial de la Simulación (OMS) había dado órdenes ya y los gobiernos de todos los países del mundo, (fueran soberanos o no) debían acatarlas. La Sociedad de las Imágenes coreaba amén desde sus tabernáculos y replicaba religiosamente todos los mandatos de la OMS. Las ballenas se paseaban por el cielo y los aviones se hundían en el mar. La pantalla era ahora la norma. Habían empezado a regir los toques de queda y la vida era un bucle insípido como cualquier otro video más.

Particularmente nunca en mi vida, había vivido un toque de queda (si una ley seca) pero no un toque de queda. Las sirenas de los policías sonaban todos los días. Las calles ampliamente desoladas y vacías eran patrulladas por las fuerzas civiles y militares, pero no era como en los ochentas del siglo pasado, ahora decían ellos -era para cuidarnos-.

Yo me preguntaba: ¿cuidarnos? ¿El Estado cuidarnos? Nunca se habían preocupado por cuidarnos de nada... ¿Por qué ahora se empeñaban en hacerlo y sobre todo a la fuerza?

En las calles reinaba el silencio y resoplaba el viento. El miedo siempre imperaba, pero esta vez las desapariciones y las ejecuciones eran causadas por otra cosa y no por los ejércitos. Era raro ver vehículos o aviones circular. Desde la ventana, miraba al

cielo y sentía muchísimas cosas. Me sentía ajeno, frágil y distante. Por alguna extraña razón pensé en Ataraxia 5789.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 12.

Durante los toques de queda existían ciertos horarios en los que uno podía salir de su lugar de estadía, (cualquiera que este fuera), comprobando siempre los extremos del gobierno de su localidad, así como los requerimientos de la burocracia tecnócrata de la Organización Mundial de la Simulación (OMS).

Otro de los requerimientos y ordenes de esos días, consistía en mantener siempre una higiene y pulcritud de todo nuestro ser y de toda superficie en la que habitáramos con el fin de evitar la propagación de virus, bacterias y enfermedades de dudosa procedencia.

Ese día necesitaba hacer compras para la limpieza doméstica de las piezas (desinfectantes y cloro), así como algunos insumos para la alacena hasta donde mi economía me lo permitiera.

En las calles había muchas personas indigentes, desamparadas, en situación de calle; y estas personas empuñaban una bandera blanca. La primera vez que vi a este grupo de personas ondeando una bandera blanca, pensé con ingenuo interés y con un optimismo cauteloso que se trataba de un movimiento pacifista que apelaba al fin de las ideologías políticas más recalcitrantes, y que era entonces una propuesta de elevación de la conciencia para un nuevo entendimiento social, político, económico, y ambiental... Pero resultó que era otra cosa. La bandera blanca frontalmente quería decir: Me muero de hambre, ¿podrías ayudarme?...

Realmente, creo que la bandera blanca no escapaba de mi primera impresión, pues en el fondo, me parece que lograba apelar a las resonancias y síntesis interiores de cada quien para tejer urgentemente un nuevo puente social y abrir los ojos de cara a un sistema y modelo perverso que alimentado por el miedo y el individualismo, era un sistema que podía arrinconar a cualquier persona a la condición de empuñar dicha bandera blanca.

Por otro lado, era bueno saber que los billetes y las monedas en su formato físico aún circulaban y que no habían sido suprimidos por la Organización Mundial de la Simulación (OMS). De esta manera, uno en ciertas ocasiones, podía tender una mano a las personas más laceradas por este desorden. Uno no podía decir a las personas que empuñaban la bandera blanca:

-Hermano déjame ayudarte, te haré una transferencia monetaria electrónica.

Las tiendas, mercados y supermercados estaban siempre a reventar. Los precios estaban más alto de lo habitual, se racionaba la cantidad de productos porque las personas barrían con todo y éramos obligados a enfilarnos guardando una distancia de uno punto cincuenta metros de persona en persona. Si uno no seguía las ordenes, un policía gustosamente le daba a uno un bastonazo, mientras otro policía capturaba el momento con su teléfono móvil.

El aislamiento social, los toques de queda y todas las restricciones impuestas de esos días, me abrumaban pero al mismo tiempo, al momento de salir, por alguna razón

encontraba a las mujeres mucho más bellas de lo habitual. Supongo que eso era natural, algo innato, algo instintivo, algo que tenía que ver con la búsqueda balsámica de la belleza ante una realidad horrible. Era como sentarse a admirar a las estrellas, sentir la brisa del mar, percibir el aroma de las rosas, o contemplar girasoles en la llanura.

En el supermercado me había fijado precisamente en una cajera simpática. No tenía nada de especial, sólo parecía ser servicial y amable con las personas. Intuí su dulzura desde que la vi por vez primera, al acercarme lo comprobé en su mirada. No vi sus labios por la mascarilla, pero le intuí unos labios flor de loto.

La primera vez que le conocí, hablábamos de las nuevas cajas registradoras de compras, esas maquinitas autómatas que pueden ser usadas sólo si uno tiene dinero trasplantado a una tarjeta plástica, y hablábamos de cómo éstas máquinas se introducían progresivamente a los mercados y supermercados del mundo, sustituyendo a los cajeros humanos...

-La tecnología no está puesta al servicio del bien común.- me decía ella.

La segunda vez, hablamos de algo menos distópico.

Noté que se había recortado el cabello, le quedaba muy bien y se lo dije. Ella se ruborizó.

Decidí comprarle un chocolate. Busqué y busqué entre todos los chocolates de los estantes, y es que quería uno en particular, este era uno que era rojo, flamante,

encendido y que lo vendían en forma de corazón. Si, así de trillado, pero es que en esos días tenía la sensación de tener que ir un poco más allá de lo habitual, porque un no sé qué se estaba acabando, y las cosas que sólo me hacían sentido, eran todas hijas y fruto de la honestidad y del carpe diem. Busqué, busqué y busqué, y por alguna razón no hallé el corazón de chocolate. Opté por uno común y corriente, lamentablemente nada parecido a la idea original.

Llegué finalmente a la caja. Ella me vio y me reconoció en seguida. Nos saludamos con la calidez de toda la vida, sonriendo, olvidando la censura de nuestros labios, y descubriendo que en cualquier caso, los ojos también saben sonreír. Si, los ojos también saben sonreír y tanto los de ella como los míos se hicieron chinitos.

-Hola. Ahora no te había visto por aquí.- me dijo.

Yo ligeramente torpe y aún perdido en su mirada contesté:

-Sí, yo creo que no... No he tenido mucho...

En aquellos días yo experimentaba una cierta anhedonia; pero no podía decírselo, además con ella me pasaba precisamente lo contrario a ese sentimiento que me embargaba.

La cajera se sirvió a cobrar los artículos, pasándolos delicadamente uno a uno por una intensa raya de luz blanca. Yo lo vi como en cámara lenta, y sentí que esa raya de luz, también me atravesaba a mí. Era reconfortante. Luego recobré el sentido y dije:

-Esto es para ti, espero que te gusten los chocolates.

Ella dijo que si, que le encantaban los chocolates. Me lo agradeció muchas veces. Luego, ella tuvo que separar una cosa de la otra e hizo las transacciones del cobro. Noté que súbitamente se encogió de hombros, se puso muy seria; parecía recordarse de algo y luego dijo:

-Debes llamar al policía.

- ¿Qué?

-Que debes llamar al policía, ya sabes para marcar el chocolate. Es la política de la empresa.

-¿Marcar el chocolate?

Por un segundo pensé que se había molestado y que me quería echar a la policía encima; pero no era nada de eso, me explicó que debían marcar el chocolate para dejarlo salir al pobre y autenticarlo al finalizar la jornada de trabajo para que sus jefes no pensaran que ella se lo había robado.

Alcé mis cejas y suspiré largo. Así que me vi en la imprevista molestia de tener que ir a llamar al policía de la tienda para decirle que la cajera y yo, deseábamos autenticar un chocolate que no tenía la forma de un corazón pero si un mensaje de mi corazón y que ahora resultaba que debía de ser intervenido y validado por un policía y luego por una máquina que no eran lo mismo, pero se comportaban igual.

Me acerqué al policía y le expliqué todo aquel asunto. Este se quedó ahí parado como estatua armada y con cara de pasmado se me quedaba viendo. Supe que estaba vivo porque parpadeaba, y meneaba los ojos. Con razón ahora el servicio de seguridad lo complementan con las cámaras de CCTV. Toda la embajada de China cabe en una tienda. Le insistí varias veces que la cajera y yo, (ahora más ella que yo) necesitábamos liberar a un chocolate (era un caso de un Habeas Chocolatis) hasta que el policía pareció bajarse de una nube y asimilar mis palabras. Llegó a la caja con cara de pocos amigos, como que si le hubiéramos sacado de una situación trascendental. Echó una mirada fría a la cajera y otra para mí. Agarró el chocolate por la fuerza, lo magulló, le pasó una maquinita perforadora, y lo terminó de rayar absolutamente todo, todo de cabo a rabo con un plumón de color negro por encima del forro del chocolate y después se lo entregó a la cajera en forma brusca y diametralmente opuesta a la manera en que yo se lo había obsequiado originalmente. Antes de regresarse a su puesto de control, el policía me echó una mirada de desconfianza tremenda, como aquellas miradas de piedra que me echaba el jefe todos los días cuando trabajaba en aquella oficina de seguros...

No me gustó su actitud, intuí que si el policía hubiera podido, si éste hubiera tenido la oportunidad, quizás me hubiese disparado en la cara por pura diversión y espectáculo.

Con sentimiento sumamente agrídulce me despedí de ella. Ésta vez le besé con la mirada. Ella hizo lo mismo. Fue la última vez que le vi.

Al dirigirme a la salida del supermercado, noté que el policía me seguía mirando, (ahora estaba bien despierto) y yo tan sólo me limité a proseguir mi camino, avanzando por los interminables pasillos y finalmente atravesar los sensores de cuerpo completo del supermercado que por enésima vez, vuelven a comprobar que sales de ahí limpio y que no te has robado absolutamente nada.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 13.

Me paré ahí como otrora estatua de carne y hueso que se resistía a ver pasar la vida a través de una pantalla con sus todas sus pesadillas y propaganda. Ya de por sí me era incomodo tener intervenida la mitad del rostro con la mascarilla. A veces sentía que me mareaba muchísimo, que estaba a punto de caer, a punto de desplomarme como una marioneta, me sentía como mono de experimento sometido a una cámara de tortura de ahogamiento simulado. Creo que esta sensación me había venido pues de niño fui operado de los cornetes nasales. Recordé que el casero me contó que ahora él tenía problemas para dormir, no por el alto costo de la vida, sino porque su hija ante el uso de la mascarilla se despertaba a mitad de la noche agitada, sudorosa, y en un estado de pánico sintiendo que le faltaba la respiración. La chica era asmática.

Ahora me encontraba enfilado ante el banco para hacer unos pagos. Observaba a las personas también ahí enfiladas: cada quien en su nube, siempre hiperconectadas, sin interactuar con nadie, etcétera; hasta que escuché que alguien atrás mío susurró:

-Les llaman Phonosapiens...

Me voltee a ver y vi que era una viejita, con todo su pelo cano.

-¿Cómo dice?- Le pregunté

-Sí. Mire usted, lo que sucede es que sus contemporáneos van por ahí y por allá con los sentidos altamente menguados. Hay quienes van con gafas oscuras, audífonos, mascarilla en nariz y boca, y si esto fuere poco, con las manos ocupadas y su atención perdida en el móvil. Hoy en día venden también unos cascos de realidades alternativas

que agudizan mucho más la despersonalización y la desrealización social. No es una casualidad que los artículos llamados “inteligentes” tengan que espiar y piar, emitir alarmas, sonidos, voceo y fraseo, recordatorios constantes y notificaciones de todo tipo; por eso es frecuente ver hombres y mujeres caer, tropezar, olvidar, fluctuar, chocarse los unos contra los otros y seguir su camino con ninguna o escasa interacción humana, es como ver a las filitas de hormigas de un sentido y contrasentido colisionando las unas y las otras entre sí. Una sociedad hormiga (si se quiere) que hace uso de antenas wi fi, pues le resultó mucho más cómodo funcionar a través de tales coordenadas y dictados, mermando progresivamente facultades tales como la atención, la memoria, la comprensión y la creatividad. Personalmente, creo que cada quien hace de su energía lo que quiera, pero el gran problema de tener los sentidos menguados, consiste en que produce generacionalmente una suerte de estancamiento social, es como lo que sucede con el agua estática dentro de un estanque, ésta se enturbia y así ya no deja pasar la luz. A propósito de la luz, hace unas semanas escuchaba por la radio una noticia en la cual, unos científicos, financiados por los propietarios de la Sociedad de las Imágenes, estaban considerando la posibilidad de mandar a colocarle un gran preservativo al sol para según ellos, reducir los efectos del calentamiento global. ¿Usted ha escuchado algo relacionado con esa noticia?

Yo simplemente estaba encantado de escuchar a la viejita que me parecía tan vivaz y enérgica, estaba a punto de contestar a su pregunta hasta que una voz delante de mi gritó:

-¡Pase!

Era el policía del banco. La fila del banco había avanzado y finalmente era mi turno para poder ingresar. El cupo era limitado. Todo por la cuestión de nuestra seguridad y salud. Me parecía increíble lo que el ser humano podía hacer en nombre de la seguridad, y ahora en nombre de la salud.

Dentro de la agencia bancaria percibí que todo mundo se miraba con recelo. Había tensión en el aire y luego caí en cuenta que esto era por un altercado entre un policía del banco y un señor, que me parecía era obrero, y a quien minutos antes de mi ingreso, aparentemente le habían ordenado quitarse la gorra, o al menos, colocársela para atrás.

- ¡Póngase la gorra para atrás!- Le gritaba el policía al obrero.

El obrero no le ponía atención. Entendí otra vez que todo aquel lio era por “política de seguridad”; exigían ahora a todo mundo quitarse la gorra o dejar a la vista el rostro con la visera de la gorra volteada. Tenía lógica pues teníamos colocada una mascarilla. Sin embargo me parecía excesivo, ya que ninguno de los que nos encontrábamos en ese banco teníamos la vibra de ser ladrones, ni mucho menos estábamos armados. Luego vi un rotulo del banco que decía velamos por lo más importante: tu seguridad y tu salud. Luego el policía del banco volvió a gritarle al obrero:

-¡Póngase la gorra para atrás!

- Amigo, vengo a pagar no a robar.- contestó tranquilamente el obrero

-¡Póngase la gorra para atrás! ¡Ultima vez!

- ¡Ya le dije que no!

El policía se acercó y sin vacilar le metió tremendo bastonazo a la rodilla del obrero que le hizo caer inmediatamente al suelo mientras que otros tres policías le cayeron encima para neutralizarlo en el piso. Eran tres policías gordos.

Todo mundo se quedó estático, mudo, y sólo se escuchaba desde el suelo, los ronroneos y la respiración agitada del obrero con su rostro semi cubierto y azotado contra el recién pulido piso de los azulejos del banco.

El Gerente del banco salió rápidamente de su cubículo, como de una puertecita secreta, se ajustó la corbata y ordenó a los cuatro policías levantarlo. Luego se acercó al obrero y le dijo que era mejor que se retirara del banco. El obrero recuperando el aliento y la respiración, se revisó los bolsillos de su camisa (ahora rota), y luego se sirvió a empuñar un martillo que le colgaba del cintillo de sus pantalones, y antes de retirarse les dijo a todos los ahí presentes, que ya había estado en los desiertos viendo cómo se abrían y se cerraban las persianas metálicas de las agencias bancarias, viendo a la gente entrar y salir de esos paraísos artificiales en donde lo que menos había era agua, que pasara lo que pasara en este tiempo infame, él simplemente había decidido beber del pozo de sus entrañas.

Me pareció que nadie le entendió ni una sola palabra, así que el obrero se marchó. Un silencio mayor reinó en toda la agencia bancaria. Luego, se dejó escuchar el sincopado

ruido de una impresora, haciendo retomar el ritmo de las actividades y la dinámica financiera de las ventanillas en el banco.

El obrero se retiró del banco. A todo esto, miraba yo a la causante; (si se puede así decirlo), es decir, miraba yo a la gorrita blanca que como mansa paloma había salido volando por los aires al momento de la trifulca. La gorra del obrero yacía aún boca arriba en el piso y nadie se había percatado de ello. Al momento de hacer mis pagos en la ventanilla, me acerqué y la recogí del suelo con la esperanza de devolverla a su dueño. Sin embargo, al salir del banco, busqué, busqué y busqué y no logré ver por ninguna parte al obrero aquel, y nadie de los enfilados parecía tampoco haberle visto ni percibido nunca.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 14.

Así el estado de las cosas y los días. Afortunadamente, había encontrado un trabajo disuadiendo llamadas suicidas. El teletrabajo estaba en su máximo esplendor, florecía con todo y espinas al tiempo en que yo luchaba por mi desintoxicación y las recaídas.

Naturalmente que para entrar al régimen del teletrabajo, tenía uno que reunir las calidades del perfil laboral, y tener por su cuenta y por su costo, las herramientas del trabajo, es decir, debía contar el trabajador con una buena conexión al internet y una reciente y ágil computadora con videocámara para esos fines.

El proceso de la contratación fue bastante curioso. Mandé mi hoja de vida a un correo electrónico. El correo era: consejos@astillasenelalma.com. Luego, en un lapso como de dos semanas, había llegado una respuesta a mi correo, la cual decía:

“Estimado señor, se le hará una tele entrevista de carácter personal, el día y hora acá indicados. Favor confirmar su participación para que la Gerencia lo tenga presente. Aquí va el enlace de la tele entrevista. Saludos”.

Habiendo repasado mi hoja de vida, y llegado el día y hora para la entrevista, me senté frente a la computadora enchufándome directo al enlace proporcionado.

-Good evening.- me dijo una voz como robótica.

-Hola.- Dije un poco confuso.

(No sabía que la entrevista sería en inglés, pensé.)

-Please, turn on your camera.- dijo aquella voz robótica.

Encendí la cámara de mi computadora esperando ver al mago Merlín al otro lado de la pantalla, pero no había nadie del otro lado de la pantalla, es decir ninguna persona de carne y hueso, había solo un fondo ampliamente de color celeste con las siglas de la asociación, Astillas en el Alma, –AEEA- en color amarillo. Luego la robótica vocecita dijo:

-Recording in progress.

La entrevista (si se puede llamar así), resultó ser más una especie de interrogatorio en el que me debía esforzar por contestar apresuradamente a cada pregunta. Era como un polígrafo audiovisual. El sistema con su vocecita robótica en idioma inglés disparaba en la pantalla una pregunta y acto seguido, se desplegaba una cuenta regresiva de ocho segundos para responder, y así automáticamente iban pasando las preguntas de una a la otra.

Me preguntaron de todo, hasta mis creencias religiosas y políticas fueron cuestionadas, hubo un segmento un poco fuera de lugar (a mi parecer) en el que se me preguntaba sobre mis preferencias sexuales y si era o no, consumidor de pornografía.

-Yes or not...

-Yes or not...

-Yes or not...- Decía compulsivamente la vocecita.

Una vez que obtuve el trabajo, curiosamente, me di cuenta que en ese trabajo en específico, había encontrado mucha vocación de servicio y al decir verdad, se sentía muy bien. Este trabajo era como ofrecer auténticas pólizas de seguros de vida pero sin subterfugios, ni fines de lucro, me parecía genuino. Yo mismo, en ocasiones cuando contemplaba mi rostro en el espejo roto que colgaba en el baño, repetía para mis adentros y a viva voz, las palabras y las motivaciones que daba a las personas en las video llamadas disuasivas suicidas. Me sentía bien y sentía como estas palabras de alguna manera, me calaban muy hondo para no caer en la provocación de tomar alcohol. Francamente no había sido fácil, pero de alguna manera todos somos hijos de nuestro tiempo. Era justo como lo que me decía un muchacho que parecía haberme tomado mucho afecto y que también como todos, hacia su lucha, decía: -No hay que dejarse abatir, interiormente uno siempre puede elegir.

El muchacho en su otra vida, siendo muy adolescente, había tenido problemas con la ley por consumo y posesión de drogas duras. Ahora, ante el estado actual y febril de las cosas, decía padecer de eventuales brotes de ansiedad y depresión que le arrinconaban a tener pensamientos suicidas, pero de alguna manera estaba saliendo a flote. Aquel muchacho me había compartido también que había encontrado un gran consuelo y muchísima serenidad en todos los misterios y reinos de la naturaleza viva.

-Me gustan los cielos de noviembre, me gustan sus colores y su psicodelia.- decía mientras remataba de manera enfática que para él, era imposible ver al horizonte si teníamos la mirada clavada en una pantalla.

Me compartió también que si uno de verdad se ponía a observar, observar y observar los cielos de noviembre con sumo detalle y atención, uno también podía entrar en un reparador estado de trance de una forma muy natural. Esto lo decía porque para sobreponerse a largos periodos de abstinencia, junto a unos compañeros, habían aprendido a fumar cigarros de tabaco envueltos en telas de araña y pasta dental mientras estaban todos ellos recluidos en un centro de desintoxicación. Yo inferí que lo de los cielos de noviembre, era tal vez, sólo alguna reminiscencia a cualquiera de sus tardes en ese recinto, mirando fijamente al cielo, mientras se recuperaba y le bajaba la droga pero que definitivamente, tanto para él como para sus compañeros, debieron ser de las tardes más lindas de sus vidas.

Y me acomodo, y caigo.

TERCERA PARTE.

Capítulo 15.

En lo personal, yo ahora me estaba enganando a un no sé qué. No sabía puntualmente a qué, pero esto tenía relación con una sed y eso era sobre todo, una sed de un algo que no encontraba en ningún lugar de este mundo, pero tampoco me sentía ni bien ni mal, es decir era una sensación de hallarme parado en el umbral de la vida con el ligero sentir de la hipoxia que me ponía a flotar y hallar una tierna, lógica y frágil correspondencia entre lo que se hacía visible e invisible en cuestión de segundos... pum pum pum pum eran como ráfagas. El hecho de tener tan cerca la vida y la muerte, hacía inevitable no experimentar tales cosas, al menos a mí me sucedían, y no sabría decir si era la vida o la muerte, o quizás las dos, las que trataban de decirnos a todos que pese a los pesares, existía una gran oportunidad para algo mayor y de genuino beneficio común, si de verdad prestábamos atención a la dinámica de las cosas y del universo en general para lograr salir triunfantes como buzos renovados emergiendo de las profundidades de Perlandia.

Ante todo esto, era también inevitable experimentar como día tras día los casos iban en ascenso y las personas que lamentablemente morían, solo pasaban a ser eso, un número más, una nueva mala noticia que sería borrada de las mentes de las personas en un lapso de veinticuatro horas mediante el bombardeo masivo de otras imágenes.

En ocasiones esas malas noticias eran sustituidas de las mentes de las personas por otra noticia igual o peor; en ocasiones se cambiaba un poco el formato por alguna noticia pueril en la cual, el protagonista era alguien que se jactaba de tener influencia

dentro de la Sociedad de las Imágenes. Había también otra fiebre: la fiebre de la idiotez y ese virus crecía también exponencialmente. No parecía raro el hecho de pensar que existía notoriamente un hilo conductor común entre los gobernantes actuales y los autodenominados “alguienes” que decían tener influencia dentro de la Sociedad de las Imágenes. Al final, toda aquella avalancha de noticias infames y del espectáculo, resultaban ser el pan nuestro de cada día y de alguna manera servían para la amena y lúdica distracción social de toda la corrupción de los gobiernos del mundo y de su patética falta de compromiso, de respeto y de servicio para con los gobernados del mundo.

El gobernante de turno de Guatemala, no escapaba tampoco de estas descripciones apocalípticas y distópicas; era un avejentado obeso que se apoyaba en muletas, de sonrisa sociópata en la que relucían sus dientes cenizos y amarillentos. Era un personaje siniestro que pese a la gran depresión económica, social y salubre del país, resultaba corrupto, inepto e incapaz de ejecutar políticas de gran impacto, se negaba a rendir cuentas y tampoco se dignaba a hacer apariciones públicas de trabajo más que el domingo a última hora en una impuesta cadena nacional en la que de una forma muy desrealizada, hablaba proezas de lo que se suponía hacía el gobierno para contrarrestar aquellos males. Se presentaba como un mamarracho y presentaba también a unos mamarrachos de pseudo funcionarios y pseudo proyectos que según él y su gabinete iban a tener un impacto positivo en el manejo de la plaga. Durante su gestión había prometido construir siete hospitales públicos modernos, los cuales teniendo el presupuesto íntegramente aprobado, dichos hospitales nunca llegaron a sus destinatarios finales. Se desconocía el paradero del dinero también. Los centros de

salud se reducían a ser improvisadas carpas militares, así como el famoso Parque de la Angustia. Como era la tradición, (no solo de este gobierno sino de los anteriores, los anteriores, y los anteriores) resultaba que los proyectos públicos denotaban estar sobrevalorados, hechos a última hora, sin ningún tipo de visión ni de planificación estratégica, eran toda una farsa y sobretodo una gran falta de respeto para la población, población que estaba sofocada y cansada de la corrupción enquistada en los tres poderes del Estado. Pese a todos los vicios que se le podían imputar al señor Presidente, muy en el fondo daba la impresión que el señor Presidente padecía de algún trastorno clínico o psicológico que necesitaba urgentemente tratar. Realmente, sentía pena por él pues era ya bastante mayor y salía en cadena nacional a pegar de gritos de manera histriónica, tosía, sudaba, maldecía, se agitaba, se cansaba de gritar y uno sentía que eventualmente se tragaría el corazón. Era un senil megalómano de variaciones de carácter, que invocaba el nombre de Dios a cada rato para darse baños de pureza mientras se pasaba un pañuelo en la frente que representaba lo sucio que tenía la conciencia.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 16.

El casero, es decir el propietario de las piezas en alquiler, nos había convocado urgentemente a todos los inquilinos a una reunión virtual. Esto era una novedad. Nunca había hecho tal cosa. En aquel recinto convivíamos el casero con su hija, y otros cinco inquilinos más, incluyéndome. Todo mundo estaba exacerbado en esos días, y el casero tampoco escapaba de esa fiebre. En dicha reunión virtual, el casero con una mirada agresiva y desafiante hablaba (por no decir que gritaba ante la cámara) y nos indicaba que se veía en la necesidad de incrementar el costo de la renta porque había tenido que colocar cámaras de video vigilancia en todo el recinto, así como un sistema de bocinas altoparlantes (al estilo de los picops chatarreros) en las cuales él eventualmente haría ciertos pronunciamientos. Había comprado un loro electrónico también que se alimentaba verbalmente con todo lo que el casero decía y éste loro electrónico lo repetía y lo repetía para que lo escucháramos nosotros. El casero decía estar considerando también que la renta fuera pagada en dólares. Había mandado a colocar en las paredes de las áreas comunes, unos grandes carteles con su foto; en realidad, se trataba de una autofoto que él mismo se había sacado. En la foto, se le veía exhibir los músculos de sus brazos. Exhibía también un pendiente de oro en la oreja izquierda, así como unas gruesas y brillantes cadenas que le colgaban en el cuello.

Los carteles del casero, en la parte inferior se complementaban con la frase:

-Paga tu renta. Obedece. No discutas con la autoridad. (Es lo que hay).

Esta era una frase que al loro electrónico le gustaba repetir constantemente.

El casero también decía que para evitar contagios y enfermedades, ahora era nuestra harta obligación pagar la renta y los servicios a través de una transferencia electrónica, así como mantener limpio y debidamente desinfectadas todas las áreas con alcohol y cloro, no solo de nuestras piezas en alquiler, sino también de las áreas comunes, las gradas, los pasillos, etc; decía ahora contar con los medios tecnológicos para fiscalizar que todos los inquilinos cumplieran con ello, so pena del desahucio correspondiente. Así que ahí nos tenía el casero a todos los inquilinos como si fuéramos los talacheros de una prisión haciendo que el lugar resplandeciera y se destacara como los pisos de un centro comercial o de una agencia bancaria.

En esos días se promovía el uso del alcohol en gel para desinfectar las manos, así como se promovían también sobradas razones para que cualquier persona en el mundo se hiciera adicta a casi cualquier cosa, o para que tuvieran alguna eventual recaída hacia algo. A mí el olor a alcohol me ponía mucho en que pensar y sentir. Un día me harté y exhumé todas las botellas que tenía sepultadas en un arcón y vacié todo su contenido etílico en las gradas y áreas comunes para trapear como había mandado el casero.

Durante un tiempo después no vi mucho más al casero, ni en los pasillos como era usual ni tampoco en una pantalla, sólo se dejaba oír su voz agitada a todo volumen en las bocinas altoparlantes, como arreando a la gente y preguntaba:

-¿Ya hicieron la limpieza? ¿Ya echaron cloro?

¿Por qué no siento olor a nada?...

;;;No siento olor a nada!!!

A mí me parecía que se estaba volviendo loco. Lo peor era que volvía loco al loro electrónico también, que chirriaba y lo repetía todo a imagen y semejanza de su amo. La verdad toda aquella situación y el entorno no era el más sano ni amigable del mundo. Me abrumaba y así progresivamente sin darme cuenta, exacto como le había pasado a todo el mundo, yo también me había aislado tremendamente.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 17.

Estaba otra vez tumbado en el catre. Sentía demasiado calor. Las colchas estaban totalmente empapadas. Por un momento creí haber visto a Alma entrar a la habitación y venir hacia mí sonriendo, con un enorme vaso con agua y un plato lleno de naranjas cortadas en delicados y apetecibles gajos, pero no era Alma, tan solo fue el efecto de escuchar el sonido y el eco de su voz a lo largo y ancho de todo el pasillo, una voz en crescendo que percibí muy agradable y que venía directo hacia mí como palomilla hacia la luz.

Alma era la reá más guapa de todo el presidio, me habría fugado con ella hasta la eternidad, habríamos perseguido la libertad juntos hasta que acabasen por dispararnos. Si hubiera tenido que elegir, la hubiese elegido a ella como compañera, y hubiésemos planeado la fuga para dar rienda suelta a nuestros más congelados anhelos hasta evaporarnos; hubiésemos intentado recuperar el tiempo perdido (o perder el tiempo en el intento), aunque intuía con un aire intensamente optimista que sería la primera opción, sí, aquella que no cabía dentro del paréntesis, esto porque ya de por sí, yo me sentía dentro de un paréntesis, toda la existencia humana cabía dentro de ese paréntesis, un paréntesis que en lo personal, me desagradaba, me agotaba, me abrumaba, me reducía, me hacía sentir cosas que nunca había sentido como la paranoia, la agorafobia, la claustrofobia, la hipoxia, la asfixia, etcétera, y yo sencillamente no quería tener nada que ver con ello, era todo lo contrario.

Y entonces, al escuchar el sonido de la voz de Alma, recuerdo que yo sólo trataba de alcanzar el viento impoluto e inmaculado que sabía rozaría eventualmente su ser, me desenrollaba por los suelos como un lienzo y trataba de alcanzar las gotas de lluvia de esa noche que bañaba en su totalidad, la morada donde también estaba ella, pero sobre todo, trataba de alcanzar los eventuales rayos del sol, que por benignidad aún lograba imaginar y vislumbrar para cuando nuestras miradas se volviesen a encontrar.

Mientras levantaba mi brazo en el intento de alcanzarle, podía apreciar el movimiento lento de la motricidad fina y desgraciadamente, lograr advertir que mi mano y brazo estaban completamente plagados de bichos e insectos minúsculos (en ocasiones eran cucarachas), no sé porque, pero esto me había venido quizás como consecuencia del uso prolongado del alcohol en las manos... Eran bichos que me caminaban por las manos y los brazos constantemente (en ocasiones les veía por los suelos de la habitación) estaban en la bañera, en el catre, en los periódicos, en las suelas de mis zapatos, en mi comida, en todos lados... Me había dado cuenta que era mejor evitar salir a las calles porque cada vez que me regresaba a la pieza, esta sensación se exacerbaba más y se me hacía bastante recurrente.

Esa noche permanecí tumbado, no me sentía muy bien, además estaba un poco agotado de ver personas en pantallas. Unas cabezaepantallas que a ratos se encendían y que a ratos se apagaban, yo me había convertido en uno, y quizás ya no sabía que era real y que no lo era... Quizás lo que necesitaba era descansar, tomar un enorme descanso que me hiciese luego reencausarlo todo, absolutamente todo de manera

notable, aunque en cierto sentido mi desintoxicación, contra todo pronóstico había avanzado lo suficientemente bien, pero a veces me debilitaba, me mareaba muchísimo y sentía escalofríos.

¿Fiebre? ¿Delirium tremens? no lo sabía. Intenté ir a tomar ese anhelado vaso con agua y estando tres o cuatro segundos completamente de pie, experimenté nublarse mi visión y sentir las miles de ráfagas atravesándome, como cuchillas para luego caer inmediatamente desplomado como un títere en el suelo de la habitación.

Ahí mismo desde el suelo, sentí pasar toda una eternidad, experimenté todo el peso y pesar de mi existencia, nadie vino con un vaso de agua. Luego abrí mis ojos y vi ante mí, a una tremenda cucaracha que me miraba con ternura y consternación genuina. Esta cucaracha movía sus dos largas y afiladas antenas de su cabeza, y me preguntó:

-¿Acaso eres un hikikomori?

-No, pero... ahora creo comprender como han de sentirse los tamagotchis.- contesté.

-Los tama ¿qué?- Preguntó ella.

-No importa...- dije.

-Y ahora, ¿por qué andan todos tan excesivamente limpios? A toda hora puedo oler el cloro y el desinfectante aquí y en la China.- dijo la cucaracha.

-Sí, son órdenes se supone- Le contesté.

-Bueno dile a tu superior o quien corresponda, que con las extrañas y volátiles conductas de todos ustedes, están afectando a todo el entorno natural. Nosotras también tenemos corazón.

-¿Qué me aconsejas hacer? Le pregunté

-El problema con ustedes, es su continua fragmentación social. Mírennos a nosotras, somos unidas y eso nos hace fuertes en el tiempo y en el espacio.

Mientras me decía todo esto, la cucaracha parecía respirar libre, profunda y ampliamente por todos y cada uno de sus espiráculos, era envidiable hasta el punto de lograr darme los ánimos y los motivos suficientes para intentar ponerme en pie otra vez.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 18.

En la noche más oscura, en la noche más oscura continuaba lloviendo, pero ahora con menos intensidad. Pude darme cuenta de ello, pues el volumen de la radio súbitamente se impuso y se dejó escuchar por ahí, en alguna esquina de la habitación, a una vocecita con música de fondo, y yo, ni siquiera recordaba haber prendido la radio, no recordaba mucho, no recordaba tampoco cuanto tiempo llevaba aquí, tumbado en el suelo de la habitación, sintiendo que me caminaban bichos en las manos, los brazos y la cara. La cucaracha había sido amable conmigo, pero ya no estaba por aquí, al menos no a simple vista. La vocecita de la radio resultó ser del panorama informativo. Todo seguía igual o peor. Sentí nauseas. Aparentemente, la única novedad era que La Organización Mundial de la Simulación (OMS) quería anunciarnos a todos los habitantes del mundo y de todos los países (fueran soberanos o no), que gracias a nuestra cooperación y obediencia debida en el uso de las mascarillas, se habían reducido significativamente las emisiones nocivas de dióxido de carbono junto con los gases de efecto invernadero, teniendo un impacto ampliamente positivo sobre la capa de ozono de la tierra. Asimismo se habían reducido significativamente las pestes y plagas de dudosa procedencia, pero que era perentorio seguir con las ordenes que ya todos conocíamos hasta un nuevo aviso. Continuaba el periodista radial, indicando que el comunicado de la Organización Mundial de la Simulación (OMS), hacia saber al público en general, que las empresas transnacionales y los socios accionistas de la Sociedad de las Imágenes, ante el estado actual de las cosas y con una proyección meramente altruista, habían decidido financiar la panacea a todos los males del mundo contemporáneo, y que gracias a los Grandes Avances Tecnológicos, (GAT),

habían desarrollado en un tiempo record, la medicina que todo mundo estaba esperando, por lo que en menos de lo que canta un gallo, pronto en todos los países del mundo (fueran soberanos o no), se estaría alentando, ordenando y disuadiendo (si fuera el caso) a todos sus conciudadanos a tomar la dosis correspondiente so pena de las sanciones y medidas punitivas previstas para cualquier retrógrado en cualquier país del mundo (fueran soberanos o no) que osare a no tomarla. Mientras escuchaba la radio, por alguna razón me acordé del diablo, el sujeto aquel que conocí en la barra de la última fiesta de noche electrónica del mundo (al menos para mí); con la diferencia que el diablo no presionaba a nadie a darse, suministrarse ni inyectarse nada de nada, es decir, que no le imponía a nadie darse ningún tipo de dosis de droga o panacea.

La Organización Mundial de la Simulación (OMS) ofrecía entonces, el cielo en una pastilla y decía querer ser democrática, así que en ese sentido se había elaborado el bálsamo deseado en dos modalidades. Las dos provocaban un subidón. Lo que difería en una y en la otra, era la forma de su presentación y de su administración, por un lado estaba la tradicional pastilla que más bien parecía una droga sintética o droga de autor que venía en todos los colores del arcoíris con un peculiar diseño (en su anverso y reverso) de la efigie de la famosa “cara de Marte”, ubicada en la región de Cidonia, Marte; y por el otro lado, estaba la vacuna misma, que se decía era mucho más efectiva y que muy amigablemente, a manera de souvenir y gracias a los Grandes Avances Tecnológicos, (GAT), ésta vacuna se podía administrar en forma de tatuaje corporal, siempre con las medidas y dimensiones del diseño único y autorizado de la

famosa “cara de Marte”. En un río fuertemente revuelto, muy pronto América Latina se llenaría toda, de tatuadores chinos, gringos, rusos, europeos, etcétera.

El periodista radial, terminó la emisión de las noticias indicando que los propietarios de la Sociedad de las Imágenes, estaban considerando también abrir un templo, justamente en el Valle de Silicona, para todas las personas en el mundo que quisieran agradecer y rendir tributo a los Grandes Avances Tecnológicos (GAT).

Quise levantarme para apagar la radio. No quería escuchar más a toda esa avalancha híbrida, pero no podía ponerme en pie, no me daban las fuerzas.

Afuera el viento soplaba incesantemente fuertísimo y parecía haberse calzado los pies, era fácil para mí, intuir cada uno de sus pasos, rumbos y trayectos. A veces me parecía que bailaba, otras que correteaba, en otras que saltaba los charcos, silbaba una melodía circular por la que desfilaban todas las generaciones de la humanidad, y luego se colgaba y columpiaba gozosamente sobre el cableado eléctrico, como un niño enteramente libre y feliz que juega en el pasamanos de un parque, convocándome con un aire victorioso y ecos de risas a hacer yo también lo mismo.

-¿Por qué no sales a jugar?

-¿Por qué no sales a jugar?

-¿Por qué no sales a jugar?

Ahí mismo desde el suelo, sintiendo toda la gravidez de mi ser, experimentando una suerte de linda incomodidad, podía escuchar a este particular viento tocando directo a mi ventana, y comprendí que algo llamaba, en principio de adentro hacia afuera, y de afuera hacia adentro, y en esa sincronía, en esa correspondencia, todos los segundos y microsegundos de aquel minuto ontológico fueron para mí, como el más cálido abrazo y ósculo de una bella dama que estaba hecha para mí y yo para ella, lo cual hizo que fijara toda mi atención y mirada a esa ventana hasta el punto de lograr ver como tres sujetos, tres sujetos completamente resplandecientes de pies a cabeza y de mediana estatura, bajaban como baja la nieve en las películas, colándose sigilosamente dentro de la habitación, traspasando los balcones y cristales de esa ventana que se hallaba completamente cerrada, ingresando uno a uno sin romperla, ni forzarla, ni nada; y vinieron hacia mí esos tres sujetos ingrátidos, y vinieron hacia mi cuerpo que se encontraba en ese momento tendido boca abajo en el suelo.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 19.

-¿Aún respira?- Logré escuchar que preguntaba uno de ellos.

Desde no sé qué lugar o qué ángulo de la habitación... yo lo contemplaba todo en cámara lenta. Ante mi aislamiento, no pude evitar sentir muchísimo agrado y gusto por su compañía. Quise poner una jarra de café expés, pero...

Me colocaron boca arriba, extendieron mis brazos y piernas como una estrella de mar. Eran indígenas. Los tres estaban vestidos de color blanco, con cinturones de color rojo y paños de tela típica color rojo, amarillo y naranja atados a las frentes de sus cabezas. El más joven de ellos tres, me parecía muy familiar. Su rostro, estoy cien por ciento seguro debí haberlo visto antes en algún lugar, pero no podía recordar nada. En ese momento, yo estaba siendo inspeccionado por esos tres seres e interiormente me preguntaba muchísimas cosas. Incluso me acordé de Ataraxia 5789 y por un momento tuve la sensación de estar flotando dentro de una nave nodriza, con todas esas lindas luces sobre mí... luego pensé que aquello no era posible, pues yo nunca le había respondido a sus correos. Luego tuve la sensación de estar quizás, dentro de una ambulancia, pero inmediatamente recordé que en ningún momento había salido de la habitación y que tampoco había hecho ninguna llamada de asistencia; sólo había hablado con la cucaracha y tenía aún mucha, muchísima sed.

El sujeto que se me hacía bastante familiar, me miraba y me miraba con asombro. Articulaba unas palabras y me sonreía. Yo no sabría decir que pasaba, pero le sonreí

de vuelta. Ante mis ojos, este ser ahora me mostraba un cuchillo de piedra obsidiana, un cuchillo bastante agudo y preciso en apariencia. Telepáticamente me comunicó:

-Soy tu amigo y haremos un pacto fraterno. ¿Me das permiso?

Yo, sencillamente le asentí con la cabeza.

Inmediatamente los otros dos seres me sujetaron fuertemente, uno por las piernas y el otro por los brazos. Una fuerte y corto contundente punzada sentí hundirse hasta lo más profundo de mi plexo solar. Pensé que sería quizás ya la noche sin fin, y luego instintivamente, tuve la imperiosa necesidad de indagar: ¿Qué es lo que sucede con los sueños que son recurrentes? No lo sé... recordé un sueño en el que yo era el director de la exhumación de un cadáver. En ese sueño, yo tenía a todo un sindicato de trabajadores a mi cargo con sus palas y sus piochas. Estos trabajadores hacían hondas punzadas a la tierra para lograr dar con el paradero de un sujeto, un sujeto que se supone íbamos a exhumar. Tras una larga jornada de trabajo, uno de los subordinados se me acercó como para darme el pésame. Era un tipo de habla torpe, balbuceaba y balbuceaba, y mientras movía sus labios, eran gusanos los que le salían de la boca, entonces yo impaciente, le dije: -No te andes con laberintos, ¿qué sucede?- hizo una seña para que me acercara a la fosa y a todo esto, mi sorpresa fue mayor cuando me di cuenta, que el cuerpo que se estaba exhumando, era precisamente mi cuerpo. Y me vi salir, pálido y demacrado con tierrecita en mis cabellos, mis fosas nasales y mis orejas, incluso me vi salir con los restos y chirajos de una camisa blanca de vestir que me gustaba mucho.

Tras esa punzada que acababa de recibir, hundiéndose ahora en mi plexo solar, tuve esa regresión instantánea de un sueño recurrente, y luego vi ráfagas; pude sentir el cuchillo de aquel indígena abriéndose camino fácilmente en la carne e ir subiendo y subiendo y subiendo. El cuchillito subía y subía, pensé que llegaría hasta mi garganta, pero el corte detuvo su marcha poco antes de llegar hasta ahí. Luego de realizada la perfecta incisión, este ser más joven, pasó a sujetarme los brazos y el ser que me sujetaba por los brazos, pasó ahora a ser el director de la orquesta y comenzó a vocalizar unos cantos, sonidos, onomatopeyas y tras de ello, introdujo sus manos en la incisión y comenzó a hurgar dentro de mis vísceras. Ahí estaba yo, tumbado y chajazeado, como ver un cadáver de la autopsia del Caso Roswell. Sin embargo, en ningún momento sentí nada de dolor. Tampoco hubo sangre y tan solo experimentaba la sensación de ondas hidráulicas que me recorrían; y al tiempo de recorrerme estas ondas, yo las visualizaba todas como las ondas que se forman consecuencia de arrojar una roca dentro de un tranquilo y apacible lago cristalino. Ahora este ser que vocalizaba y hurgaba dentro de mí, era en apariencia el más viejo de los tres. Repentinamente se quedó en silencio, hizo una respiración muy profunda y sentí que me arrancó algo del pecho, un algo que se encontraba muy cerca de mi corazón. Vi sus ojos encenderse y luego sonreír. Después me cerró los párpados de los ojos con suma delicadeza y cubrió mis ojos con un paño húmedo y sentí punzadas y ligeros cortes; cortes ahora a la altura de mis párpados. Primera punzada, veo la mitad de una nebulosa. Segunda punzada, veo la mitad de otra nebulosa. Las dos estallan, se alcanzan, se funden en secuencia poli cromática. De nuevo, no hay sangre, no hay dolor.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 20.

Ulises había dejado a su familia... Era como muchos, lamentablemente un desarraigado. El estado actual de las cosas, promovía ese tipo de cosas. Es decir, resulta que tanto él como su familia, su comunidad y la tierra, habían atravesado por una amarga situación que había agudizado la fractura, rotura y deterioro de tales vínculos y lazos fundamentales, incluso universales. A esta altura de las cosas...
¿Quién era Ulises?

Yo intuía sin duda alguna, que Ulises era uno de los tres seres indígenas que recién habían ingresado a la habitación, el más joven de ellos. Asumí que mientras estaba tumbado ahí, todo un torrente de información me venía como telepáticamente. De hecho, así fue. Tuve un momento de concentración mental e incluso, logré amarrar el preciso tiempo y espacio en que mi vida se cruzó con la vida de Ulises...

Comencé entonces a percibir luz un poco más de lo usual. Y luego más luz, y más luz, y más luz. Enseguida uno de estos seres tuvo la piedad o la misericordia de levantarme y de colocarme sentado, apoyando mi torso sobre una pared de la habitación. Uno de los seres me retiró completamente el vendaje que tenía aún sobre los párpados de mis ojos y cuando me retiraron el vendaje, entonces lo vi todo con suma claridad: Yo, abrí mis ojos y vi a una gran hoguera ante mí. Te vi a ti y a mí... Luces y sombras bailando al compás y movimiento de una sola, eterna y gran sinfonía; comprendí en ese momento que nuestra mejor pareja de baile, lo es también nuestra propia sombra. Ahí estaba la flor mítica de Prometeo con sus pétalos ardientes y vibrantes: azules,

amarillos, rojos y naranjas. Al compás de esa Sinfonía Superior, le invoqué y convoqué para ser mi lumbre y compañía. Le había visto bailar con el viento, pero nunca reparé en esto: cuánta vida en una chispa, cuánta sabiduría en una hoguera, flamas del bien y del mal, iluminando, calcinando, en pleno estado de gracia, concibiendo al libre albedrío para todos nosotros, mortales que padecemos algún vacío.

Miré ahora mí alrededor con total asombro y fascinación. Vi que aún estaban presentes estos tres seres con su mirada y atención puesta en mí al cien por ciento. Había también una cierta plenitud que renovaba a cada uno de mis sentidos y estando sentado desde el suelo, ya sin el vendaje, sentí el impulso de hablar, y sin titubear le dije:

-¿Ulises?

-Sí, soy yo. Ulises Tun. ¿También me recuerdas?- Dijo él sorprendido

-Sí. Te recuerdo y perfectamente bien. Recuerdo que esa noche, estabas extraviado Ulises, casi al borde del delirio... No te juzgo, yo también lo estaba... Eso fue precisamente en la última noche de música electrónica en el mundo (al menos para mí). Y fue exactamente esa noche, justo antes de la hora muerta. Recuerdo que nos encontramos fortuitamente en aquella gasolinera en donde yo anhelaba ser una chispa que hiciera todo arder, como ver Roma arder. Entré a la tienda de conveniencia para comprar alcohol, y al salir, tú te me acercaste en sigilo, pidiendo jalón (lejos de ahí), y emprendimos en el carro una ruta hacia ninguna parte. Esa noche llovía, y el asfalto completamente mojado de la carretera, lo hacía parecer un enorme espejo negro.

Ulises me escuchaba atentamente. Su rostro, me parecía que resplandecía.

- Sí, yo también lo recuerdo.- Dijo Ulises

Ulises hizo una seña con un ligero movimiento circular de su mano y seguidamente, sus dos compañeros se sentaron conmigo en torno a la hoguera.

La hoguera que estos seres habían armado y prendido, era enorme. Era una hoguera circular, con cuatro candelas grandes, colocadas específicamente en los cuatro puntos cardinales de la hoguera. Estas cuatro candelas eran de color rojo, blanco, negro, y amarillo, respectivamente. En el centro de la hoguera, había incienso y también había candelas, una azul y otra verde, las cuales como por arte de magia, permanecían enteramente incólumes.

Ulises se sentó con nosotros, específicamente frente a mí. Esta vez no teníamos cerveza, pero si el calor de esta hoguera, una hoguera que no quemaba, más bien iluminaba. Ulises contemplaba al fuego y suspiraba, contemplaba al fuego y suspiraba. Me pareció que el efecto del fuego, era algo que lo tenía así como en trance, yo me sentía igual.

Ulises comenzó a hablar. Pidió una disculpa diciendo que efectivamente, esa noche él estuvo un poco fuera de sí, pero para que yo lograra comprender aquello con exactitud, él tenía que remontarse necesariamente un poco de tiempo atrás y

establecer una cadena de factores en su vida, que le habían arrinconado hasta el punto de llegar a estrangular a un hombre.

Ulises contaba que esa noche en que efectivamente nos encontramos él y yo en la gasolinera, recién se había venido desesperado a la capital porque en su comunidad unos hombres armados lo andaban buscando para asesinarlo.

Pensó en venirse para la capital pues aquí podría refugiarse temporalmente y lograr hacer unas denuncias, pues en su comunidad, decía -no había ley-. Una vez instalado en la capital, había telefonado a su hermana menor y ella le contó que a su partida, le habían seguido dos malas noticias. La primera: que sus dos compañeros de total confianza, sus dos compañeros de toda la vida, los que le apoyaban incondicionalmente en todos los asuntos de la comunidad, estos dos compañeros habían aparecido flotando en el río, sin señales de violencia ni de tortura, simplemente los habían encontrado ahí; hinchados a reventar, estáticos, inertes, con la exacta y misma mirada confundida y desarraigada que tienen los peces cuando aparecen en los ríos con sus vísceras infestadas de químicos.

La segunda mala noticia: era que los ancianos y los sabios de su comunidad, seres otrora saludables, vigorosos y enérgicos, de la noche a la mañana habían muerto sin una explicación razonable. Ella con llantos y con la voz quebrada, le contaba a Ulises que los ancianos y sabios de la comunidad, morían uno a uno, junto con el aire, la tierra, los ríos, los lagos y los mares; una sábana toxica de un extraño color rojizo

oxidado lo teñía todo y eso llegaba finalmente hasta todas las palmas y manos de todas las personas en el mundo.

-Son manos tomadas, manos que pueden hacerle a uno desvariar, minando en cada ser, la capacidad real del pensamiento- decía Ulises.

Mientras contaba esto, afuera en las calles se sentía ahora la lluvia arreciar, llovía a gritos, y Ulises Tun continuaba rindiendo su testimonio diciendo que la vida en su comunidad se había agravado un poco antes del estado actual y de enfermedad en el mundo. Esto empezó decía Ulises, cuando una empresa transnacional había llegado para adquirir unas grandes extensiones de tierra; eran unas tierras ociosas que habían permanecido así durante décadas, décadas y décadas. Lo más triste, contaba Ulises, fue que también una gran porción de tierras comunitarias, les fueron vilmente expropiadas, fueron ilegalmente arrebatadas de las manos laboriosas y sembradoras de sus comuneros. También a los de la empresa transnacional se les había adjudicado una gran parte de una sierra montañosa, la cual dejaron pelona tras tumbar en serie a un gran número de árboles de variada especie. Ante todo eso, decía Ulises, se vieron en la necesidad de organizarse en la comunidad para realizar un censo de árboles, lo cual provocó que la transnacional se acercara a la comunidad para una supuesta “socialización”. Contaba Ulises que el día de la referida socialización, unas señoras repartían a los asistentes panes con pollo y café. Luego llegaron unos señores gordos con sombreros tipo panamá, de muy buen vestir y calzar; estos señores hablaban y hablaban y hablaban en un idioma que les era a todos ajeno y extraño, ni siquiera era en el idioma español.

Ulises decía que al principio, él pensaba que la transnacional les había convocado para ser tomados en cuenta y hacer la consulta comunitaria previa, pero nunca sucedió tal cosa. El Gobernador Departamental también estaba ahí, pero estaba sólo de adorno, pues a este sólo se le veía comer y tomar café; por momentos el Gobernador Departamental se limitaba a asentir con la cabeza, en señal de aprobación a la transnacional, como si éste entendiera a la perfección cada palabra que salía de las bocas de los ponentes extranjeros, y fue sólo hasta el último momento en que el Gobernador Departamental se sirvió a tomar el micrófono para hablarnos a todos, indicando de que era urgente la implementación de una política de “desarrollo y de progreso” en la comunidad. Luego cada uno de los extranjeros se despidieron alzando su sombrero y se levantaron de sus sillas. En ese momento el Gobernador Departamental, aprovechó con el micrófono para usurpar y sofocar nuestras voces todas, dándole la bienvenida oficial a la empresa transnacional.

Contaba Ulises que a fin de cuentas nunca les consultaron nada de nada y que después de eso, la comunidad se había dividido. Había conflictividad entre los que apoyaban a la transnacional y los que no. Por lo general, los que apoyaban a la transnacional eran personas que habían conseguido un trabajo dentro de la transnacional. Aquella discordia social, no tardó en llegar hasta el seno directo de la familia de Ulises. Resultó ser que un primo suyo, llamado Fermín había sido contratado por la transnacional para hacer un trabajo de desvío de ríos en la comunidad. Fermín y otro grupo de hombres se encargaban de tumbar arboles de todo tipo y con los enormes troncos, alteraban los cauces de los ríos para beneficio y utilidad exclusiva de la transnacional

en el proceso de su actividad extractiva a cielo abierto de oro, plata, níquel, cobre, y tungsteno.

-Todo el día movían, removían la tierra y las piedras con todo su ruido y el polvillo que quedaba atrapado en el aire; ya desde ese tiempo, nosotros ya nos cubríamos boca y nariz con pañuelos y trapos para no respirar de ese polvillo tan fino que le secaba a uno hasta las lágrimas- se lamentaba Ulises.

Ulises Tun y sus dos compañeros habían logrado con mucho éxito y apoyo popular, organizar un plantón comunitario y exigir el cese de las labores de la transnacional en la comunidad. Esto último, naturalmente que no fue del agrado de su primo Fermín, quien le amenazaba constantemente diciéndole cosas como:

-Mira Ulises, te la estoy cantando: si mañana vos y tu grupito no se hacen a un lado, mira que les voy a pasar la mano de mico entre las patas me oíste.

Ulises afirmaba que el ambiente en la comunidad, se había vuelto aún mucho más hostil y conflictivo cuando otra empresa transnacional, había desembarcado dispuesta a instalar dos enormes antenas de telefonía móvil e internet (5G). Lo curioso decía Ulises, fue que estas antenas decidieron instalarlas dentro de un empinado terreno que tenía gran cantidad de sembradíos de milpa verde; sembradíos amplios, copiosos y muy abundantes de milpa verde, verde, verde, verde, y que al cabo de unas dos semanas de haberse instalado las antenas, aquellos sembradíos se habían secado por completo y todas sus hojas se habían reventado de sus puntas sin excepción. (Un

extraño fenómeno). El terreno con las antenas instaladas continuaba secándose cada día más y cada día más, era completamente notoria la aceleración progresiva de su detrimento fértil, y un día así repentinamente, las dos antenas estallaron épicamente en llamas, desplomándose una encima de la otra.

La caída de las antenas había dejado una densa carga y una nube toxica en el aire de la comunidad. Aquel incidente había sido algo así como una combustión tecnológica espontanea –CTE-. Ulises advirtió que aquello era consecuencia de provocar y socavar a la Madre Tierra, de sobreexplotarla, de llevarla al límite; y que la naturaleza simplemente había logrado desechar a un cuerpo extraño, ajeno y hostil, un cuerpo tóxico que le drenaba gran parte de su energía natural de vida.

Ulises dijo que el incidente de las antenas, había desatado una verdadera cacería de brujas dentro de la comunidad y que las autoridades no tardaron en decretar un estado de sitio. Naturalmente, el estado de sitio degeneró en corrupción, abusos de autoridad, saqueos, robos, amenazas, ejecuciones extrajudiciales, desapariciones, allanamientos ilegales, intimidaciones a periodistas y líderes sociales.

- ¿Qué más podíamos esperar de un doctor graduado de noche?

Se preguntaba Ulises Tun, en una clara alusión política al fiasco de la gestión del señor Presidente.

En resumidas cuentas, Ulises termino diciendo que a él ya lo tenían fichado por organizar los censos de árboles, plantones, estudios de la tierra, petitorios de consultas

comunitarias; y que en una ocasión, cuando regresaba a su parcela, fue bruscamente interceptado a mitad del camino por un picop enorme de color negro, completamente polarizado y sin placas de circulación; en efecto, era la yegua negra. La yegua negra era el vehículo en donde se conducía la gente del crimen para hacer el trabajo sucio.

En esa oportunidad, la yegua negra cogió de frente a Ulises, le relinchó y le encandiló con toda la potencia de los faros del animal, galopando directo hacia él con toda su fuerza y motor. Ulises corrió desesperadamente con toda la rapidez y ligereza de su nahual interior, y cuando tuvo la oportunidad, saltó dentro de unos zarzales, logrando pasarse por debajo de las alambradas espinadas de un terreno que le dejaron profundos cortes y rasgaduras en sus brazos y piernas.

-Yo no tengo tatuajes, pero si cicatrices mira- decía Ulises mientras se arremangaba las telas de su blanca camisa.

Ahí en los zarzales, mientras era devorado por zancudos y escuchaba a los perros inquietos de las fincas que no dejaban de ladrar y ladrar, Ulises no hizo más que contener su respiración agitada y colocarse en posición fetal, con sus ojos muy abiertos, contemplando los farolazos de las linternas que le zumbaban como orbes por encima de la cabeza. Sus pretendientes captore permanecieron ahí, unos veinte minutos con la yegua negra encendida. Luego hicieron cinco disparos al aire y se marcharon a toda velocidad dejando olor a polvo seco en el camino.

Ulises Tun se quedó mirando la hoguera. Volvió a suspirar y dijo:

-Después de todo eso, de esa pesadilla, ahí tome la decisión de venirme mejor para la capital. No quería más problemas. Pero esa es mi historia, cada quien tiene su historia, yo también tuve que descender a Xibalbá para hacer las paces con mi primo Fermín, que en paz descanse.

Cuando yo le escuché decir esto último a Ulises, rápidamente le pregunté:

- Entonces, ¿Fermín fue la persona que me contaste que habías matado?

-Sí.- contestó Ulises.

-Recuerdo que me lo mencionaste en el carro, pero nunca supe en esencia, por qué lo habías matado...

Al escuchar mis palabras, Ulises hizo exactamente la misma expresión facial de esa noche, dio un suspiro y luego me confió que su primo Fermín había sido despedido de la empresa transnacional, por su sólo vínculo familiar con Ulises. Fermín al ser despedido de la transnacional, había montado en cólera y se vino para la capital a buscar a Ulises y confrontarlo violentamente. Una vez que Fermín halló a Ulises, le dijo que por culpa de él, lo habían despedido de la transnacional. Acto seguido, Fermín le empujó, le escupió en la cara, desenfundó un machete que le colgaba del pantalón y dejó ir un tremendo machetazo sobre la cabeza de Ulises. Ulises milagrosamente logró esquivar el machetazo, pero el machete si llegó a rozarle la cabeza lo suficiente como para surcarle una herida, no de gravedad pero justo como para hacerle sangrar a borbollones, como sangra la cabeza de una palma africana. En ese confuso momento, Ulises encontrándose agitado por el instinto de preservación y siendo cegado por la sangre que le roía abundante y espesa sobre las sienes y los ojos,

no tuvo más remedio que luchar, luchar por su vida, y así lo hizo, hasta poner punto y final al ataque iracundo, enfermo y desproporcionado de su agresor, su primo Fermín.

Ulises y Fermín habían peleado esa noche en la calle, como ver pelear a dos perros callejeros que se disputan el llegar primero a una perra en apetito genésico, y lo habían hecho ante la mirada y las cámaras de los curiosos, quienes habiendo incitado a la pelea desde el principio, sorprendentemente se indignaron lo suficiente como para dar aviso a la policía al ver que la conclusión y desenlace de los videos que habían documentado era: sangre chorreada sobre la banqueta, cabellos arrancados, un cinturón, un machete, un zapato con lodo, unos ojos trabados puestos sobre el semblante desvanecido del cadáver de un hombre, y otro hombre que renqueando corriendo, se sale de la escena con un sólo zapato puesto, agarrándose los pantalones.

Y me acomodo, y caigo.

Capítulo 21.

Cuando las sondas espaciales Voyager 1 y Voyager 2 fueron lanzadas desde la Tierra al espacio exterior en el año de 1977, cada una tomó irrevocablemente un camino por aparte. Actualmente, dichas sondas se encuentran demasiado distantes la una de la otra, flotando en algún remoto lugar del espacio interestelar. Se ha dado a conocer que ambas sondas encausaron rutas y trayectorias diferentes. Realmente nadie podría llegar a asegurar, si en algún momento y en algún rincón del vasto espacio exterior, estas dos sondas espaciales vuelvan a encontrarse, algo que sería muy bello. Sin embargo, yo dudo mucho que eso llegue a suceder, y así lo fuera, ese hecho de reencontrarse para ambas sondas, sería algo irrelevante e intrascendente, y esto lo digo con el debido respeto de las máquinas, los robots, Alexa y/o cualquier tipo de inteligencia artificial que se considere ofendida por mi franca apreciación.

En el caso mío y en el de Ulises Tun, el hecho de volver a coincidir en este momento y punto crítico de la existencia humana, no era para mí algo que pudiera considerar como un hecho irrelevante, ni mucho menos de intrascendente. La última vez que había visto a Ulises fue en su condición de asesino y forajido de la ley, mientras yo le dejaba a salvo en una oscura y siniestra calleja de la zona cinco de la ciudad de Guatemala.

Ahora estábamos aquí, de nuevo los dos, frente a frente, a la luz y amparo de una potente hoguera que iluminaba poderosamente toda la habitación, mirándonos a los ojos y reconociéndonos en cada uno de nuestros instantes, pasos, cicatrices, trayectos,

y caminos de la vida. Bajo esta perspectiva de colmada luz, pude apreciar ahora con mucho más detalle, su piel de arcilla roja, su semblante de cascara de palo de hormigo con unas ligeras líneas de expresión, que tímidamente iban asomando como las raíces de una mediana ceiba. Me di cuenta también, que nunca vi maldad en los ojos de Ulises, es decir, nunca vi en él los ojos de un asesino o de un sociópata, al contrario, eran los ojos de un ser que amaba y defendía la vida, cuya mirada cristalina transmitía siempre serenidad.

Ulises con aquella misma serenidad, mirándome a los ojos, esta vez me preguntó que cuál era mi nombre. Esta pregunta aparentemente fácil de responder, por ilógico que parezca, resonó extraña para mí. Era como si supiera la respuesta, pero de momento se me había escapado. Pensaba en todos esos códigos alfanuméricos, contraseñas, direcciones electrónicas, usuarios, pines, números, números, más números, incluso los números de mis estados de cuenta bancarios... Me vi envuelto en una relativa nube negra de despersonalización. En el fondo, era yo consciente que hacía mucho tiempo en que ninguna persona me preguntaba, o realmente mostraba interés por querer saber mi nombre.

-Humberto. Me llamo Humberto Castellanos-. Le contesté, y como por inercia agregué también la palabra: gracias.

Ulises y sus dos acompañantes llevaban cada uno, un bastón de madera barnizado, muy peculiar. Con este bastón Ulises comenzó a remover y acomodar algunos tizones de la hoguera, lo cual acrecentó notablemente su resplandor. Mientras se amplificaba

la luz, Ulises hizo una reverencia en palabras de su idioma maya materno: –Uk'ú'x Kaj, Uk'ú'x Ulew- y luego dijo que, quien efectivamente tenía que dar las gracias era él; y quería darme las gracias personalmente, por haberle prestado socorro en esa caótica noche de su vida.

Dijo algo así como que a través de mi intervención, eso le había dado a él, pauta o tiempo de unos días más de vida, como para poder abocarse y presentar personalmente, todas las denuncias ambientales de la comunidad, así como insistir en una consulta comunitaria previa, pero ahora directamente ante una corte de rango constitucional.

-Se logró presentar y formar los expedientes, aunque mi suerte ya estuviera echada-
dijo Ulises

Mientras me decía todo eso, debo reconocer que yo estaba como ligeramente distraído y por unos momentos no le presté la debida atención pues creí haber escuchado la voz de Alma tocando a mi puerta...

Ulises continuaba diciendo que ahora el tiempo de los tiempos era oportuno y que sólo había querido agradecerme y devolverme el favor. Inmediatamente Ulises se levantó del suelo y me entregó un saco azul. Al recibirlo, me di perfecta cuenta y sin vacilar, que era el mismo saco azul que esa noche yo le había dejado a él para arroparse, pero ahora parecía ser un saco diferente; parecía impoluto, sin arrugas y sin manchas. Ulises me pidió por favor que revisara dentro de los bolsillos del saco, específicamente

en esos bolsillos laterales internos en donde uno suele guardarse dinero en efectivo, monedas, o tarjetas que cumplan los mismos fines. Metí mi mano dentro de los bolsillos del saco, como para sacar algo y sorprenderme completamente al extraer de ellos: dos trozos de espejo del tamaño perfecto de un par de ojos, y un pato de goma. Me dio una náusea intensa, pero me contuve. Respire profundo y luego comencé a llorar, entendía finalmente, que lo que me habían extraído del pecho y de mis ojos, eran precisamente estos espurios artefactos. Me sentí muy conmovido, pero al mismo tiempo me sentí liviano. Ulises y sus dos compañeros me miraban con júbilo.

El más viejo de ellos tres, resultó ser un consumado Ajq'ij maya, y con su bastón de madera empezó a acomodar y a resoplar con toda la fuerza vigorosa de sus pulmones a las brasas de la hoguera, una hoguera que estaba en su máximo esplendor y que este Ajq'ij maya, era plenamente consciente de ello, pues inspiraba hondo y después soltaba un auténtico huracán indígena embravecido. Dos minutos después, el Ajq'ij reguló tranquilamente el ritmo de su respiración. Luego, con una mirada aguda y penetrante se dirigió hacia mí, diciendo:

-Le voy a contar algo, Humberto. Fíjese que, de nosotros los indígenas, se ha dicho un montón de cosas; pero una de las muchas que resulta ser siempre una injusticia, es que a nosotros nos conquistaron y nos compraron los españoles con espejitos, como los que usted ve aquí; pero vea bien usted como son ahora las cosas, pues ahora resulta ser que los apantallados, los apantallados lo están siendo todas las personas y sociedades en el mundo, siendo sometidas bajo auténticos reinos de la ilusión y la

fantasía; parece ser que les han robado la identidad, siendo inaplazable la inmediata y urgente reconciliación con su origen, raíz y esencia.

Ulises intervino y dijo que existía un asunto final que ellos tres no podían realizar por mí, pero que era algo vital. Insistió en que se trataba de algo que sólo yo podía realizar, nadie más.

-¿Y qué es esto?- Les pregunté con asombro de mi parte.

-El hecho de lanzar a la hoguera con todas, absolutamente con todas sus fuerzas, a los dos trozos de espejo y al pato de goma extraído de su pecho- dijo el Ajq'ij maya.

En ese momento, sentí aguzarse de nuevo todos mis sentidos y capté enteramente lo que ellos me transmitían. Miré directo y de lleno a la hoguera, esta vez las llamas subían frenéticas, histéricas, convulsas y apasionadas, la lluvia afuera arreciaba, pensé de nuevo en Alma. Tomé el pato de goma junto con los dos trozos de espejo y los empuñe fuertemente dentro de mi mano derecha. Los había empuñado tan fuerte pero tan fuerte, que pude sentir al pato de goma disminuirse y a los dos espejos quebrarse, fragmentarse y clavarse uno a uno en miles de pedazos, astillándome hasta lo más profundo de la palma de mi mano. Luego opté por abrir mi mano, empezando cuidadosa y lentamente por mi dedo meñique, anular, medio, índice y pulgar, quienes fueron los testigos oculares de la ruina, el caos, el desastre y la sangre que empezaba a correr, por donde desfilaron precisamente cinco generaciones de la humanidad, cada una marcada por un estilo de vida desvirtuado, decadente, desnaturalizado e

insostenible. Ahí mismo, desde la cima, pude también experimentar todo el gravamen de un campo de extracción minera pesando sobre la propia palma de mi mano.

Arrojé entonces como se me había indicado, con todas mis fuerzas esa impureza y al momento de caer ésta dentro de la hoguera, las llamas de la hoguera se acrecentaron muchísimo más, era como si unas lucharan contra las otras y se dejó sentir el efecto de un fuerte temblor que nos sacudió inmediatamente a todos del suelo. Mientras las llamas de la hoguera luchaban entre sí, me di cuenta que en las paredes de la habitación, tal como si se tratara de la pantalla de un amplísimo y moderno televisor, empezaron a aparecer toda una serie de sombras, máscaras, disfraces, fanticos, imágenes desalmadas, y propaganda; propaganda de todo tipo, que con todo su ruido, plaga y peste, se proyectaban prolíficamente en las paredes de la habitación.

Del centro de la hoguera, comenzó a formarse un agitado vórtice y luego, empezó a nacer una tremenda escalera de humo, la cual subió rápidamente hasta el techo de la habitación, partiéndolo fácil e instantáneamente en dos, como ver partirse el cascaron de un huevo.

Ulises y sus dos compañeros, inmediatamente comenzaron a realizar su ascenso a través de dicha escalera. No dijeron más, pero yo, intuitivamente, por alguna razón, les seguí. Aquella escalera de humo se había trepado al viento como una enredadera infinita y continuaba imparabile su curso hasta los cielos más remotos, resultaba imposible alcanzarle con la mirada.

Fue gracias a esa escalera, que logramos elevarnos por encima de todas las sombras y ruido del mundo, para lograr constatar precisamente todo lo contrario y sólo hasta ahí, me di cuenta que había atravesado por todo este camino, para encontrarme y descubrir que el verdadero éxtasis, el verdadero éxtasis es: fruto de la sobriedad y la lucidez.

Y así estuvimos, Ulises, sus dos compañeros y yo, subiendo, y subiendo, y subiendo por esa enorme escalera de humo durante mucho tiempo. El que ascendía por delante de todos, era el Ajq'ij. Éste súbitamente hizo una pausa, y se detuvo en el ascenso, lo cual hizo que nos detuviéramos todos y en ese punto, encontrándonos ya a una altura que yo simplemente no podría descifrar, el Ajq'ij con su semblante serio y mirada ceremonial, levantó su bastón de madera parsimoniosamente y señaló hacia el este, indicándonos que ya estaba próximo el amanecer. Al dirigir mi mirada hacia el este, yo sencillamente, experimenté mucha dicha, mucha felicidad. Me sentí ser atravesado por una serie de rayas intensas amarillas que me cruzaban eléctrica y armónicamente a lo largo y ancho de todo mi pecho; pero éstas no eran unas rayas cualquiera, éstas eran todas, como las rayas amarillas triunfales que irradian propiamente de un Cáliz Divino, de tal manera que empecé a reír, y a reír, y a reír, y no podía detenerme hasta el punto de sentir que podría infartarme por ello, pero no sucedió nada de eso, ni siquiera un mal síntoma, nada de eso ni por asomo. En automático, recordé también las palabras de mi madre, la vez que me dijo: -Tu plantita está hallada-.

Nos quedamos completamente maravillados todos en la escalera, viendo que empezaba a clarear y con una cierta dulzura, me percaté que la escalera que inicialmente nos había llevado hasta acá, ahora comenzaba a disolverse de abajo hacia arriba. Yo me volteé hacia ellos para verles, y ya sólo les contemplé a ellos tres en la lejanía, moviéndose enérgica y vivazmente hacia el Cinturón de Orión, ascendiendo y ascendiendo, pero ahora convertidos en tres perfectas luminosas esferas rojas.

Me quedé ahí estático. La escalera continuaba esfumándose peldaño a peldaño hasta el punto de alcanzarme, y me alcanzó. Yo caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía y caía completamente de cabeza, a momentos mi cuerpo daba movimientos oscilatorios, como ver caer a una pluma y mientras caía podía sentir toda la frescura de un viento y aire de vida que rozaba gentil y mimosamente a mi rostro y a cada uno de los cabellos de mi cabeza, como si se tratara de una Fuerza Superior, la cual me comunicaba: -Esto no es lo que parece, no tengas miedo-... y justo antes de estrellarme, y justo antes de hacerme añicos contra el suelo, de aterrizar mi nariz en lo que quedaba de las brasas y las cenizas de la hoguera; yo nunca vi pasar mi vida en un segundo, más bien vislumbré todo un tiempo futuro, y me sentí indultado, agradecido, ya no me sentía más ajeno, frágil, ni distante: podía libremente respirar, y el más puro aroma de una rosa dorada que me crecía interiormente se correspondía también con la fragancia pura de una tierra mojada que entraba ahora por mi nariz, haciendo recobrar plenamente mi sentido del olfato y aquello fue para mí, como ver la luz al final del túnel, me hizo contemplar mi rostro de nuevo ante un espejo, un espejo que colgaba íntegro y sin roturas, y comprendí que la mancha amarilla que crecía gradual y exponencialmente en la pared de la habitación, no era

una mancha en la pared, sino una ventana abierta de par en par, dejando pasar a los primeros rayos del Sol de la mañana a los cuales me aferré, me aferré naturalmente con todas mis fuerzas, y venía de regreso a la vida, y venía con el corazón y los ojos lavados.

Y me despabilo, y me levanto.

FIN

**Subir con el humo, soñar con caer. (Una historia del 2020)©*

**Todos los derechos de propiedad intelectual de esta obra están reservados estrictamente a su autor: Alejandro Villatoro Muñiz.*



Alejandro Villatoro Muñiz,
ciudadano guatemalteco, con gran interés por la música, poesía y el arte en general.

Ha publicado el poemario: Un Corazón Cyborg Para la Humanidad, y algunos discos musicales: Vórtices, Amor Transgresor, y Árbol Siamés (disponibles como Alejandro Villatoro, en la plataforma musical Spotify).

Contacto:
guayacanmusica@gmail.com